

Como pompas de jabón

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros–, sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Carlos Ollero, Como pompas de jabón

Primera edición: octubre de 2012

© Carlos Ollero, 2012

www.carlosollero.es

© De las ilustraciones de cubierta e interior: Fernando Ferro, 2012

www.fernandoferro.es

© De esta edición: Editorial Adeshoras, 2012

www.adeshoras.com

editorial@adeshoras.com

ISBN:

Depósito legal:

BIC: FYB

Impresión: Publidisa

Impreso en España

Carlos Ollero

Como pompas de jabón

adeshoras

ÍNDICE

Preámbulo	13
-----------------	----

CRISTALES EN LOS BOLSILLOS

El ahogado	17
A cuestras con ella	23
Dulce Navidad	27
Perra vida.....	33

LA SOMBRA DE LAS PIEDRAS

Cuentos de viejas.....	39
El club	43
Tanto que tragar.....	49
Andanadas.....	55

AMOR DERRAMADO

El hombre que escribía historias de amor.....	65
Solo un minuto	71
Nicoletta.....	83
El diario de Jonás	87
Geografía	91
La viuda.....	99

SALTAR SIN RED

El hombre en blanco y negro.....	107
El profesor	111
Andes.....	115
Corazas	121
Best Seller	125

Para M^a Eugenia, siempre

*¡Ah de la vida! ... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido
las horas mi locura las esconde.*
Francisco de Quevedo

*Esta ciudad “no tiene historia,
solo martirologio”.
El país del dolor.
La capital del sufrimiento,
el centro deshecho
del inmenso desastre interminable.*
José Emilio Pacheco

*Sé todos los cuentos
Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan solo lo que he visto.
Y he visto:
que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los abogan con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos,
que los huesos del hombre los entierran con cuentos,
y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo no sé muchas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.*
León Felipe

*yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles,
como pompas de jabón.*
Antonio Machado

PREÁMBULO

Sígueme al fondo del abismo donde habitamos los informes, donde nadie mira al vecino ni se atreve a enfrenar la mirada de otro. Ven conmigo, baja al cieno en el que cada mañana me sacudo las escamas que la noche deja sobre mi piel, preparándola para gestar otra capa dura y acerada con que acudir al nuevo día.

Tú no sabes de lo que hablo, hablo de un mundo de monstruos, de un mundo opaco, agreste, en el que circulamos como sonámbulos buscando una rendija por la que entrever la luz. Un mundo desconfiado, en el que cada cual defiende con sangre su trozo de ciénaga y mira envidioso el pedazo del vecino.

Ven conmigo, tú que estás limpia y que solo me has conocido aquí arriba donde soy, al menos, soportable. Sígueme, no lo dudes, no lo pienses.

– ¿No quieres venir? Aquí te necesito, necesitamos sangre nueva.

– ¿Cómo? ¿Que qué hago yo aquí? Ya ves, antes era como tú, pero no lo pensé y después, después tan solo dejé pasar el tiempo.

CRISTALES EN LOS BOLSILLOS



EL AHOGADO

El hombre que no había visto nunca el mar vivía en un piso pequeño con las paredes de un color que había sido blanco y que ahora se había convertido en gris y humedad. Cada noche despertaba empapado, boqueando, faltar de aire.

La misma pesadilla lo perseguía desde hacía años: se dirigía con la bandeja de la cena por el pasillo que va desde la cocina hasta el salón, apenas dos metros, allí se sentaba frente al televisor, ponía las noticias y enseguida empezaba a oír un leve siseo, como un escape, luego, claramente, un grifo abierto. El suelo se inundaba sin que pudiese hacer nada. Con el último trozo de manzana el agua llegaba hasta sus rodillas y cuando el hombre del tiempo empezaba sus previsiones, el nivel sobrepasaba la pantalla y hacía que todos aquellos soles pareciesen ridículos ante las nuevas circunstancias. Por entonces el terror empezaba a instalarse en sus ojos.

Cada noche, el sueño se repetía como la primera vez, así el miedo era nuevo, sin paliativos y el horror a morir ahogado se instalaba en el gesto antes que en sus pulmones. No sabía nadar, nunca había visto el mar, nunca había salido de su ciudad, de esos lugares en los que se sentía seguro y en los que el agua tan solo se bebía.

Era algo que su madre repetía de continuo, *el agua para las ranas, qué moda estúpida la de ir a la playa, allí no se te ha perdido nada, Sito*. Y él, Sito, asentía, odiando aquel diminutivo absurdo de su nombre, Tomás.

Creció Sito y su madre seguía considerando prescindibles la mayor parte de los entretenimientos habituales de los jóvenes de su edad. Iba de casa a la tienda y de la tienda a casa. Su universo eran aquellas cuatro paredes empapeladas en las que ya se vislumbraba la humedad y que su padre le legó en su lecho de muerte, allí pareció que el sentenciado era Sito: *hijo, cuidala como yo he hecho a lo largo de mi vida, mantenla limpia, ordenada y vigila que los proveedores no se aprovechen de ti*.

Después del entierro, se acercó hasta el comercio, abrió la reja, que rechinó como si llorase la pérdida de su amo, entró y mansamente, como había hecho todo en su vida, miró las estanterías repletas de botes de conserva, el mostrador de mármol blanco donde su padre cortó durante cuarenta años las raciones de bacalao en salazón. Solo aguantó unos minutos, enseguida necesitó salir a la calle a respirar aire fresco, desde entonces tenía que sobreponerse para poder pasar allí doce horas diarias y sacar aquello adelante.

En el final de su sueño perdía pie, braceaba como un naufrago y hubiese pedido auxilio de haberle salido la voz, pero el agua se colaba por su garganta y le ahogaba. En el último momento se incorporaba en la cama y despertaba recuperando el aliento poco después. Tenía que hacer ver-

daderos esfuerzos y contenerse para no empezar a llamar a su madre en voz alta. Había muerto hacía dos años, casi trece después que su padre. La enfermedad fue apagándola prácticamente desde el mismo instante en que llegó a casa tras enterrar a su marido, ¿qué enfermedad?, pues la suya. Era algo indefinido que la convertía en una inválida en cuanto su hijo se dirigía a la puerta si algún domingo por la tarde había quedado con antiguos amigos. Era una enfermedad penosa, sobre todo para Sito.

El sueño había sido siempre igual, hasta hacía unos días en que primero sintió un regusto a sal en la boca y ya despierto tuvo que ir a la cocina a tomar algo con que quitarse aquel sabor. Después fue el olor a mar que lo perseguía tras la pesadilla. Olía como a pescado y como él no había estado nunca supuso que aquel aroma era el del océano. Además, ahora se despertaba empapado como si hubiese dormido en una sauna. Todo sabía a playa, a brisa marinera y a peces.

Aquella noche soñó lo mismo, la misma secuencia que conducía al mismo resultado. Se despertó sobresaltado, pero no ahogándose. Cuando pudo abrir los ojos comprobó que estaba sumergido en el agua, sin embargo no se asustó; abandonó el dormitorio, buceando llegó al salón, la tele estaba encendida, daban uno de esos concursos de madrugada en los que incomprensiblemente nadie acertaba las más absurdas y pueriles preguntas. Desde el balcón entraba una luz extraña y nueva, difuminada por su paso a través del agua que todo lo llenaba.

El ahogado

El hombre que nunca había visto el mar abrió las puertas del balcón y salió braceando, por encima de la barandilla. Se dirigió hacia la luz que venía de arriba donde, hasta que se acostó, estaba el cielo. Movía con esfuerzo los brazos, guiado por un instinto que lo empujaba hacia arriba. Consiguió, por fin, sacar la cabeza por encima de la superficie del agua y vio a lo lejos una playa. Siguió nadando, nunca lo había hecho. Nadó hacia tierra desesperadamente, deseando con cada golpe que aquello no fuese un sueño y que por fin Sito pudiese conocer el mar.

I

El reloj se desangra grano a grano, cayendo de arriba a abajo, impelido por la ley Universal de la Gravitación. Uno, dos, tres, cuatro... mis ojos concentrados en el artilugio son conscientes del lento fluir del río de arena. Si los cierro, imagino que el tiempo se detiene. Busco sin éxito un botón que lo pare, hoy día todo tiene un botón *on/off*. Es tan primitivo como el paso de las estaciones y el lento fluir de los cauces hasta su reposo eterno en el mar.

A CUESTAS CON ELLA

No se arrepentía de haber dicho que sí, que ella lo quería. Pero sinceramente aquello era difícil de transportar. Bajaba las escaleras mecánicas del metro como con una amiga. Las dos juntas mirándose, charlando e incluso parecía que riendo como recobrando una conversación de sobra conocida, muchas veces interrumpida y otras tantas reanudada. Para ella era fantástico, no comprendía la mirada absurda de estupor del joven frente al que se sentó en el vagón.

Cuando iba a abandonar el gran almacén al que había ido a curiosear después de ocho horas limpiando pasillos y oficinas, no pudo remediar que sus ojos se fuesen tras aquella figura de cartón a todo color y de cuerpo entero de su gran ídolo, la folclórica de su devoción. No tuvo más remedio que preguntar al señor de mono azul qué iban a hacer con aquello. El stand, era evidente, lo estaban desmantelando. Después de la promoción de su último disco debían dejar sitio libre para otros lanzamientos y otros futuros número uno.

El operario había sido el primero en mirarla con cara rara: *si lo quiere, por mí, se lo puede llevar*. La sorpresa vino cuando, sin contestar siquiera, ella agarró la foto de cuerpo entero con el título del último disco grabado en letras

doradas y se la llevó por la puerta antes de que nadie pudiese cambiar de idea y se lo impidiese.

Así que allí estaba, intentando entrar en el vagón en plena hora punta vespertina con un póster de cartón de metro setenta. La gente cuchicheaba, pero ella sabía bien lo que decían, todo era producto de la envidia. Afianzaría bien su tesoro porque estaba segura de que más de una y más de uno intentaría robárselo, pero no, no se lo quitarían. Menuda se iba a poner su vecina, ¡que se aguante! Ya le rebozaba muchas veces por la cara que si su hijo tal, que su hija cual. Una mentirosa, eso es lo que era.

Llevaba aquel trofeo y se lo enseñaría a su hija. Bueno, cuando viniese a verla, lástima que cada vez pasase más tiempo sin ir por casa, desde que se había ido a vivir con aquel pelanas solo volvía cuando quería algo, normalmente, dinero. Se lo enseñaría a su hijo, solo eso, enseñárselo, porque aquel zángano nunca oía nada que no saliese de su mp3, ¡Dios! si parecía que llevaba los cascos pegados a las orejas. Le costaba trabajo decir cuándo le había visto por última vez sin ellos y pudieron tener una conversación normal.

Pero a su Antonio sí le gustará, seguro que sí. Últimamente no le hace mucho caso, pero es que tiene muchas preocupaciones. Trabaja en el bar del tanatorio, la gente cada vez gasta menos y su jefe le exige a él, como encargado, unos ingresos mínimos.

Las estaciones pasan y en los cristales la negrura del túnel le devuelve una imagen grotesca. Agarrada a su fol-

clórica, por un breve instante sintió pena de sí misma. Pero, ¡qué demonios! iba a quedar estupenda en el cuartito. Hablaría con ella y le contaría sus cosas. Por lo menos aquella foto parecía escucharle, no se largaría dejándola sola y siempre tendría dispuesta para regalarle una sonrisa y una cara amable.

II

La distancia entre dos personas aplastadas una contra otra en la hora punta del metro es inversamente proporcional a la necesidad de cariño que ambas sumadas tengan.

DULCE NAVIDAD

Hasta cierto punto era grotesco. La sangre vertida junto a la yema y la clara de los huevos rotos formaban una pasta viscosa y de tres colores, rojo, amarillo y blanco translúcido; curiosamente la sangre no se mezclaba, convivía con aquellos otros líquidos en un alarde de pureza similar al de los gases nobles.

Esto pensaba el director después de que el guardia de seguridad del turno de noche lo hubiese avisado. Quería que fuese a ver algo que había ocurrido en el pasillo norte del centro comercial: Paseo de los Tilos, iban a llamarlo cuando finalizasen las obras de remodelación.

El espectáculo que encontró era difícil de encajar y peor aún de contemplar sin que una arcada te levantase el estómago. Un hombre, cuya edad era imposible de determinar, permanecía tumbado en el suelo con un carrito de la compra propiedad del centro sobre su cabeza. Ésta había estallado bajo el peso del arma homicida y lo había desfigurado por completo. Cuando se perpetró el asesinato el carro debía estar lleno hasta los topes y ahora una buena cantidad de los productos estaban esparcidos por los alrededores de la escena.

– Dios mío ¿qué es esto? – el director miró con horror a Fermín que tan solo dirigió su mirada hacia arriba

haciendo una indicación con la barbilla. Un hueco en la barandilla de protección del pasillo superior daba a entender que por allí había volado el carro hasta caer sobre aquel pobre hombre.

Fermín miraba a lo alto calculando la altura de la caída.

– Lo que no me explico es cómo han puesto este vidrio tan poco resistente en la barandilla.

El director miró hacia el suelo y vio trozos de cristal repartidos entre la compra desparramada. Había muchos, como si una fina lluvia de cristales hubiese estado mojando la tierra. Volvió la cabeza al cielo falso del techo y comprobó con alivio que ya había escampado.

El director, contrariado, se dirigió al guardia.

– ¿Lo sabe alguien más?

– Solo usted y aquella señora del servicio de limpieza – un poco retirada de la escena y con cara de horror había una mujer, más joven de lo que aparentaba, embutida en un uniforme azul de limpiadora. Agarraba con las manos crispadas la barra con la que empujaba su carro de limpieza, con los cubos, detergentes y demás utensilios. De una de las piezas de plástico que sujetaban las fregonas y cepillos colgaba una radio pequeña y estridente de la que salía una copla y que nadie se había molestado en apagar.

– Ni siquiera he llamado a la policía, he pensado que debía verlo usted primero...

– Sí, sí, muy bien – el director le hizo un gesto de aprobación mientras empezaba a abrumarse con la idea

de ver a la policía en el centro, y lo peor, detrás de la policía vendrían los periodistas con sus cámaras sacando lo peor del establecimiento y tras ellos los ganapanes de los programas sensacionalistas. Precisamente ahora que se estaban haciendo obras en el centro comercial y se iba a relanzar su imagen. Aquello era un serio inconveniente: que hubiese un psicópata suelto por allí despachurrando cabezas de clientes no era una buena publicidad.

La señora de la limpieza se acercó a ellos, con la fregona en la mano dispuesta a limpiar aquello. Parecía un caballero andante con el palo en ristre, igual que el caballero que llevaba en el lado derecho de su uniforme, justo encima del nombre de la empresa *Limpiezas Arturo*.

– Pero ¿qué hace? La paró Fermín.

– Voy a empezar a limpiar todo esto, cuanto antes empiece, antes acabaré. Este señor me da mucha pena pero tengo que hacer mi trabajo, si no, a ver a qué hora salgo yo hoy.

– Pero cómo va a limpiar esto si es la escena de un crimen, tiene que venir la policía de uniforme, la de paisano, la científica, el juez y luego se lo llevarán los del anatómico para hacerle la autopsia – le dijo Fermín.

– ¿Y cuándo limpio yo? Si esto va a parecer un belén, con tanta gente.

– Si me dejasen a mí, no haría falta todo ese circo que monta la policía, yo que conozco el centro comercial como la palma de mi mano puedo descubrir al loco que ha hecho esta barbaridad.

El director salió de sus pensamientos siguiendo la conversación de los dos empleados, quizás tenían razón, había que limpiar aquello rápido y el guardia de seguridad se encargaría de vigilar el tema, a pesar de aquella cara de lelo y sus aires de cowboy del oeste, podría investigar el caso. Sabía que había intentado dos o tres veces entrar en la policía nacional y en la municipal, quizás podría hacerse cargo discretamente.

Lo que necesitaba ahora era mantener a salvo su puesto como gestor del centro comercial y las ventas de la próxima campaña navideña y para ambas cosas lo mejor era que aquel desagradable suceso no se conociese. Recordó la zanja de los cimientos de la ampliación y el camión hormigonera con el remolque lleno y apuntando hacia el agujero.

– No creo que sea muy difícil de manejar – pensó mientras sus ojos se iluminaban contemplando el futuro halagüeño de la próxima campaña de Navidad.

III

El acero crepuscular brilla rojo con los rayos
moribundos del sol,
vencido de nuevo,
por la oscuridad diaria y recurrente,
por el giro milenario del planeta sobre su eje,
por el paso acompasado y metódico de un gran reloj
cósmico.
La noche viene.

PERRA VIDA

El humo me está empezando a molestar, ya es raro en mí, que fumo cantidad desde antes de dejar el *insti*. Tanto humo de tabaco rubio, negro, da igual. Recuerdo cuando empecé a fumar y el humo me arañaba la garganta cuando bajaba por ella. Me recordaba a mi padre, él siempre tiene este olor acre y persistente en su ropa, en sus manos, en su coche. Siempre con aquella pose de actor de Hollywood trasnochado y decadente.

Mola más el olor a canuto, aquellos tíos del fútbolín se están fumando unos porritos mientras juegan, hachís del bueno, y yo contra la pared, con la birra en la mano y sintiendo las vibraciones al ritmo de la música. Solo. Mis colegas se han perdido por ahí, hoy no tengo ganas de nada, quiero quedarme aquí, dejándome mecer por las olas que producen los graves de los altavoces y el sopor en el que me iré instalando a medida que vaya bebiendo. Este puede ser el último *finde* en el que pueda salir con algo de pasta en el bolsillo, ayer me echaron del curro, una mierda de curro, pero era fácil y por lo menos en este último he aprendido a hacer algo, pero igualmente era una mierda, como los anteriores, repartiendo pizzas, poniendo hamburguesas, ¡mec! cartero comercial. Peor fue lo del bar, ni los fines de semana me dejaban libres.

Tenía que haber estudiado, ya me lo decía mi vieja, pero tampoco a ella se le puede hacer mucho caso, siempre hablando con la tipa esa de cartón que se trajo un día a casa. Yo no sirvo, al menos con eso me comían la cabeza en el instituto, qué ganas tenían de que me fuera y yo qué ganas tenía de cumplir los dieciséis y poder hacer lo que me diera la gana, al menos eso era lo que creía, que iba a ganar pelas y que iba a vivir de puta madre... Esta noche estoy de bajón y por eso pienso toda esta basura y que esta vida es una mentira. Podría meterme unas pículas y asunto resuelto, a reír como un gilipollas toda la noche, lo malo es quedarse como el Jonás, *colgao* de un globo, mira que se lo decíamos, que eres muy animal, no te comas tantas, y él nada, al final ahí está, con cara de vendedor feliz todo el día, pero aún así, el tío liga y tiene curro, aunque alguien me ha dicho que desde que casi la palma en un coche volviendo de la playa parece otro.

Yo, desde que lo dejé con Laura, nada, va ya para un mes. La verdad es que me estoy haciendo muy amigo de mí mismo. Esa piba me molaba cantidad, pero en su casa le sorbieron el seso, la malmetieron contra mí y al final se fue todo a tomar por culo, por cierto, como están las dos tías que acaban de entrar, joder, se van directas con los del fútbolín, qué asco me dan estos tíos, con pinta de niños de papá, con su ropa cara y sus gintonic. Siempre ha habido clases.

Me gusta este garito y me gusta oír la música con las orejas y sentirla aquí, pegado. Pensando tanto me estoy

rayando mazo y eso que solo estoy a cervezas, pero tanto humo... ¡qué coño! Si ya me lo dice mi padre: «Esta vida es muy perra, acuérdate».

Me debo estar haciendo mayor, veinte tacos son veinte tacos, en fin, me moveré a ver si encuentro al *Papelas* y me pasa algo bueno. Por lo menos, por esta noche, dejaré de comerme tanto el tarro.

IV

No volver los ojos atrás. Sin pensar. Salir por el siguiente desvío de la autopista. Sin parar. Seguir por la primera carretera que se ofrezca a mano izquierda y continuar devorando kilómetros, como devoramos minutos.

No volver la vista atrás, continuar recto durante veinte, treinta, cien kilómetros, da igual y luego torcer a la derecha, seguir avanzando y sobre todo nunca volver los ojos hasta conseguir no tener ni puñetera idea de donde estás. No volver a pensar. No volver a recordar. Y descansar.



LA SOMBRA DE LAS PIEDRAS



CUENTOS DE VIEJAS

El hombre al que le había crecido una pimentera en la garganta abrió la boca y se extrajo un ejemplar rojo, brillante, ideal para hacer pimentón o para el gazpacho. No era la primera vez que le sucedía algo así, otra vez tuvo plantas de kiwis en las axilas, en las dos, esperó una temporada entera con aquello en ese lugar tan incómodo por ver si daban frutos, pero no, debían ser las dos machos o las dos hembras y no procrearon. Se las arrancó. Más incómodas fueron las sandías en los tobillos, el día que las recolectó sintió quitarse un gran peso de encima. ¿Las sandías?, exquisitas y con pocas pepitas.

Al principio a sus vecinos y compañeros de faena les sorprendía, incluso horrorizaba, verlo aparecer con lechugas en la cabeza, un pino en el hombro o un clavel reventón en el pecho; pero al final se acostumbraron: *ya sabes, cosas del Damián*. Y si en aquel momento tenía algún fruto maduro no dudaban en tomarlo tirándole incluso del pelo. Luego entablaban discusiones sobre si tal o cual cosecha había sido más jugosa o más dulce.

A mí no me extrañó en absoluto esta curiosa facultad. Al fin y al cabo a tu abuelo, que en paz descanse – del que me enamoriqué antes de que le mandaran a la guerra para no volver nunca dejándome sola con tu padre recién

nacido – cada dos por tres le crecían nidos de pájaros cantores en cualquier parte del cuerpo y juntos, pájaros y hombre, entonaban bellas canciones. Así claro, se llevaba las mozas de calle. Lástima que uno de esos trinos delata-se su posición tras una palmera cubana y, según cuentan, un tiro yanqui le abrió la cabeza dejando a los pájaros sin nido volando alrededor de él. Pero ya te lo he contado muchas veces, ¿verdad Damianito? Todos los varones de la familia tenéis alguna cosa rara, si no a ver de dónde te viene la manía de poner nombres a las cabras y hablar con ellas en su propia lengua cabruna.

V

El Sol es una pintada en la pared del horizonte, salpicada de quejas insatisfechas, esperando la explosión de supernova.

Todos los mediodías moja pan en el caldo y se acuerda de su madre.

Cada mañana baja la escalera, despacio, repasando con la palma, una a una las muescas del pasamanos, rugoso por los años y por las infinitas capas de barniz superpuestas. Llega a los tres últimos y solitarios escalones antes del portal y ve cómo el niño que fue coge carrerilla y salta de un brinco por encima de los cuerpos enredados y tendidos en la era del pueblo. Ahora los baja quejoso apoyándose en la pared de azulejo. Después, la calle estrecha, con el sol apenas posado sobre los escaparates acostumbrados a recibir su atención tan solo unos minutos. Los locales que hay tras ellos son viejos, tiendas de barrio de antiguo esplendor, igual que los dueños, atildados tras los mostradores, sonrientes de oficio, con sus mandiles blancos y su género en perfecto orden de revista. Pasa frente al local cerrado de Sito, la reja echada y los cristales blancos, pobre chico, se ahogó al caer en el río, este río, que solo lleva dos palmos de agua.

Julián enfila la acera hacia el bar, seis cincuenta el menú, Vicente le hace un precio especial, por cliente fijo y porque sabe que no puede pagar más. La luz del exterior entra filtrada atravesando el cuerpo rojo descolorido de

una gamba impresa en el cristal. La sopa no es muy espesa pero está caliente y reconforta, igual que la rutina y la breve charla con los habituales del establecimiento. Tras el café, el paseo, largo y sin prisa, las tardes de primavera son tiernas y cortas, como un romance con una corista. Cada día dirige sus pasos hacia el río, recorre avenidas en las que la actividad de la ciudad se retrata en la cara de los viandantes, congestionados, con prisas, algunos agarran con violencia maletines negros y cruzan las calles como piratas al abordaje. Otros, llevan en el extremo de sus dedos una mano infantil que se detiene ante cada quiosco, ante cada tienda de chuches, que llora frente a la entrada de cada parque, mientras el adulto tira de él y le espeta un *¡llegaremos tarde!* que por sabido no es menos cruel. El niño se sorbe los mocos y sueña con un lugar en el que tenga todo el tiempo del mundo para jugar y los columpios sean tan altos que se pierdan entre nubes blancas de panza de burro.

Cuando cruza el puente, gira a la derecha y se encamina hacia el tanatorio. Le gusta entrar en los velorios ajenos. Llega y decide ¿pares o nones? Se acerca como distraído a la puerta, lee el nombre del difunto y pasa, sabe lo que se va a encontrar. Siempre, invariablemente, una familia charlando, rememorando, poniéndose al día unos a otros y al fondo, el féretro, expuesto tras los cristales, con la viuda, o los hijos, o a veces nadie.

A Julián le gusta entrar, saluda educado, localiza a los deudos y se acerca, con la mano franca por delante y la

cara de los duelos. A continuación, las condolencias, sentidas, auténticas en ese instante, aunque no conozca de nada al muerto. Es ese su momento, en el que se siente integrado en una comunidad, en un club privado y exclusivo. En la puerta se concentran los que visitan y Julián charla con ellos. Es prudente y sabe entrar en las conversaciones de manera que no se comprometa, así nadie le pregunta *¿y usted quién es?* Luego, pasados unos minutos ya sabe lo suficiente como para inventarse un parentesco, una relación vecinal o profesional, por si a alguien se le ocurre preguntar *¿de qué le conocía?* No sería la primera vez que hilando conocidos, empresas, vecinos, acabase por decirse a sí mismo *con este me he tenido que cruzar alguna vez.*

Después, el café de media tarde en el bar del tanatorio y la conversación con el encargado de la barra. Antonio es colchonero y le pincha cada vez que el Madrid tropieza, en realidad le pincha siempre, con traspies o sin él. Julián antes de irse siempre le pregunta:

– ¿Qué tal va *la suegra?* – Y Antonio sonríe y le espeta como enfadado.

– Cualquier día la quemo.

– No hombre tráetela aquí, seguro que en ese rincón quedaría de maravilla.

– Las cosas de mi mujer, ya sabes. Con la ilusión que la trajo en el metro y todo. Allí la tengo de cuerpo presente.

Los clientes que no saben que hablan de la figura de cartón de una cantante famosa los miran escandalizados

por ese arranque de humor negro. Antonio les hace gestos dando a entender la broma con el anciano mientras éste se despide levantando la mano y diciendo un hasta mañana que se pierde por el local cuando ya camina en dirección a la puerta de salida.

Antes de que el sol decline, deshace el camino con la sensación del deber cumplido, reconfortado por el calor de la conversación robada. Ya con la llave del portal en la mano, la introduce en la cerradura y empuja la puerta de hierro negro. Acomete los escalones, uno a uno, hasta el piso tercero en el que está su casa, sola, en silencio como un cementerio al atardecer.

Llegará hasta su habitación y lentamente se quitará la ropa doblándola cuidadosamente sobre el galán de noche, se abrochará el pijama e irá a calentar un vaso de leche con pan desmigado, hace tiempo que no cena otra cosa, después sopesará una vez más si usar la vieja pistola de cachas de nácar que perteneció a su padre y que descansa sobre la mesa. Hasta hoy no ha tenido valor o quizá es que le ha vencido la curiosidad de conocer al día siguiente, después de comer, a una nueva familia con la que hablar de aquel muerto tan desconocido como cercano.

VI

Repaso en VHS vuestros movimientos, ya extintos, os veo como entes audiovisuales, eternos. Miráis a la cámara, bailáis, hacéis gestos en días de fiesta, descuidados de que años después os veré echándoos de menos. Os encuentro suspendidos en el tiempo, con el reloj parado en un tic-tac eternamente inconcluso.

TANTO QUE TRAGAR

Hambre, hambre, lo que se dice hambre, no pasamos o al menos madre nos lo hace creer así, pero también nos dice que el tocino da ictericia y además de ser mentira no creo que ni ella sepa lo que es eso. Cocido, día sí, día también. Los días de fiesta, gallina con arroz y para los Reyes una naranja.

Lo peor es el sueño. Mi padre entra en la habitación despacito, allí duermo con mi hermano, acurrucado bajo las mantas burreras para espantar el frío de enero, apenas se ve y no quiere despertar a Ángel que es pequeño y no va al campo. Yo en cambio, al clarear el día salgo con mis cinco cabras: Patoja, Rubia, doña Hortensia, Colorá y Ramona, que la llamo así porque se pasa todo el día masca que te masca los ramones que crecen a los pies de las olivas. Mi padre siempre me dice que si estoy tonto que mira que ponerles nombre a los animales, menos mal que no sabe que además hablo con ellas en su propio idioma. Yo así, con mis cabras, me figuro que estoy en la escuela, aprendiendo la enciclopedia y las cuentas. A doña Hortensia siempre le toca ser la maestra que es una cabra vieja con cuerno y medio, negra como el carbón y que no da leche desde hace años, tampoco vale para carne y la tenemos reco-

gida por pena, esperando a que se vaya al otro barrio cualquier día por propia iniciativa.

Bueno, he dicho que salía con cinco cabras y también tenemos un macho joven, que me trae de cabeza, porque se come todo lo que no debe y ya me he llevado algún coscorrón por su culpa. Se llama Jonás, a éste el nombre se lo puso madre porque tuvo que sacarlo de dentro de la barriga de la cabra abriéndola con un cuchillo, el parto fue difícil, la pobre no aguantó y murió agotada mientras paría. Madre dijo que lo había sacado, como quien dice, del vientre de una ballena y al ver que era macho concluyó: *pues Jonás, te pondremos Jonás.*

Insistí mucho para que me contase qué era aquello de la ballena pero no hacía más que relatar cuentos de que si era un animal enorme, como tres casas, que vive en el océano. Como que algo tan grande no se hundiría enseguida si estuviese en el agua. Mi madre y sus historias.

También me habla de un tiempo en el que los niños iban a la escuela y los mayores hacían una cosa que se llamaba votar. Solo con mentarlo a padre se le encienden las orejas y si pudiese lanzaría rayos con los ojos. Madre suspira y cierra la boca con fuerza, moviéndola como si estuviese masticando algo muy duro.

Todo eso fue antes de que llegase un tal *tío flautilla*, así lo llama ella, que quitó lo de votar y mandó a callar a madre y a otros que inventaban cuentos como ella. Entonces vivíamos en Madrid, que es una ciudad muy grande donde no hay cabras y los niños no juegan con piedras,

ni pájaros, ni perros, claro, es que allí creo que no los hay, solo tienen lo que llaman el parque del Buen Retiro, que es como si dijésemos el campo pero en vez de plantar garbanzos y patatas y cebada plantan flores y otras cosas que hacen bonito y que da gusto al pasear entre ellas, además lo riegan todo y así no se seca con el calor del verano y como son cosas que luego no hay que recoger, pues se ahorran el trabajo.

En otras calles hay estatuas de leones, muchos leones, unos están guardando la puerta de una casa muy grande y otros tiran de un carro que lleva a una señora muy antigua encima, pero aunque lo parecen, no son de verdad, son de piedra. Además hay calles tan largas que empiezan como si dijésemos en casa de Benito, el *esmirriao* y terminasen al final del pueblo, en la curva de la carretera donde esperamos al coche de línea cuando no sabemos que hacer y no queremos jugar a nada. Como son tan grandes las llaman avenidas, aquí en el pueblo no tenemos ninguna, solo calles y alguna plaza, la del pueblo y la del caño de arriba, donde se juntan las mozas a esperar a que pasen los novios para verlos un rato, aunque mi abuela dice, guiñando el ojo, que se juntan allí porque están más cerca del final del pueblo y pueden escaparse a la era más fácilmente. Yo le he preguntado que qué hacen allí de noche si no se ve nada, pero ella solo repite *anda Damianito, calla que te pareces a tu abuelo, siempre con pájaros en la cabeza*.

Pero eso sí, en Madrid tiran bombas, bueno ahora ya no. Madre dice que nos vinimos de allí por eso y porque

mi hermano mayor murió en una de esas explosiones. Madre dice que estaba jugando en la calle y que ese día las sirenas sonaron muy tarde, que no llegó a tiempo de recogerlo para meterse en el metro. Pero que a pesar del polvo y la sangre parecía un ángel, es por lo que se llama así mi hermano pequeño. Pero yo de todo eso no me acuerdo, solo recuerdo verla llorar y a mi padre pegando puñetazos en la puerta de la habitación como si quisiese tirarla para poner otra en su lugar.

Aquí en el pueblo tengo muchos amigos: Alberto el hijo de doña Conce, que es viuda de guerra y que es una cosa por la que debemos tenerles mucha lástima; Mariano el sobrino del cura; Cipri que es delgado como una caña de las que vamos a recoger a la orilla del río y mi mejor amigo; Julián, que lo conozco de Madrid y que a él y a su madre los llaman *los rojos* y hay gente que los tratan mal, pero yo no y por más que miro los veo del mismo color de carne que cualquiera.

Por lo demás no estamos mal. De vez en cuando, sobre todo en invierno, puedo ir a la escuela alguna que otra tarde. Comemos todos los días, tiro piedras a los pájaros; fritos están muy buenos. De todas formas, según padre, lo mejor y lo más rico está por venir porque de vez en cuando se pone en jarras y ladeando la cabeza de un lado a otro nos dice a mi hermano y a mí: *hijos míos, lo que os queda por tragar*. Y yo como siempre creo a padre, pues espero que llegue ese día.

VII

Mis pies se sitúan sobre la tierra, blanda por la lluvia cadenciosa que viene a empaparlo todo. Una gota cae como ácido y sobrepasa la capa fértil que hace crecer la hierba. Algún metro más abajo está el sustrato que sirvió de alimento al árbol que cobijó a otros hombres y a otras mujeres y niños que corrieron bajo su sombra. Los siento vibrar desde dentro del planeta hacia afuera y oigo sus gritos, porque antes que yo estuvieron ellos y antes que ellos fueron otros y mucho antes hubo herbívoros y dientes de sable y antes protozoos y un océano que bullía de vida. Si mancho mis manos con la tierra negra parece que los abrazo compartiendo con todos este pequeño lugar de la tierra.

ANDANADAS

La primera descarga atronó los oídos de Jaime, sintió miedo cuando la cubierta tembló bajo sus pies, al fin y al cabo era su primer combate y habían abierto fuego los cañones de a ocho de estribor, el humo ascendía de las bocas negras y los marineros que los servían les arrojaban agua para enfriarlos antes de preparar la siguiente andanada.

Estaba en la Cibeles: una fragata con muchos años de servicio pero muy marinera. El capitán había mandado arriar la bandera falsa, izando la rojigualda de la marina de guerra española. Las caras de sorpresa de aquellos holandeses pagados por la Gran Bretaña hablaban por sí solas.

A cuarenta millas al sur de San Juan de Puerto Rico habían avistado aquel bergantín. Tenía todas las trazas de ser un corsario más de los que infestan el Caribe buscando barcos españoles que abordar. Jaime estaba con los oficiales en el puente de mando, a la derecha del Capitán. Este se volvió hacia ellos: "Prevención, ya han cargado y no precisamente con peladillas".

Instantes después el impacto de catorce cañones se sintió en el barco, no todos acertaron contra el casco del buque, tres o cuatro se fueron altos, habían apuntado a las velas y los palos. Uno de ellos, el más cercano había desgarrado buena parte del pujamen del palo de mesana.

Se hizo la noche, el humo lo inundó todo, los gritos resonaban sobre el trajín de los marineros en cubierta...

La gente se removió inquieta cuando las luces parpadearon, dejándolos a oscuras, enfrentados a su propio miedo. El primer impacto había sido cerca. Del techo aún caía un polvillo negruzco arrancado por la violencia de la explosión. Julián no se iba a dejar impresionar fácilmente y menos delante de su compañero de juegos Damián, además su madre estaba allí junto a él, sentada con la espalda contra la pared curva en forma de tubo de la estación de metro de Sol, así él podía refugiarse en su regazo mientras seguía inmerso en aquel libro que su padre le dio justo antes de irse: «Seguro que antes de que termines de leerlo he vuelto».

Las astillas saltaban en todas direcciones como avispas enloquecidas, con el aguijón listo para herir, Jaime comprobó que no solo él se había agachado al sentir el impacto, el teniente Márquez y el otro guardiamarina estaban en el suelo, mirando con los ojos desencajados buscando de donde salía aquella sangre que lo manchaba todo. No fue hasta que levantaron la cabeza cuando vieron al timonel gritando con una herida muy fea en el muslo, tenía un trozo de la borda clavado a unos centímetros de la rodilla. El capitán, impasible, apenas si les prestaba atención mientras mandaba al teniente de los infantes de marina que se apostasen en sitios altos y empezasen a hostigar la cubierta del buque corsario, prácticamente estaban a tiro de fusil y había que intentar hacer el mayor daño posible en la tripulación mercenaria antes de que se produjese el abordaje.

El calor se masticaba, el mediodía del trópico se mezclaba con el olor a pólvora. De vez en cuando entre los jirones de humo negro

se dejaba ver un cielo tan azul y puro que parecía irreal en aquella situación...

Julián dejó un momento de leer, viendo la bóveda negra de la estación de metro que les servía de refugio, tuvo que cerrar los ojos para poder imaginarse el cielo del Caribe. Los bombardeos ya eran a cualquier hora, como el de hoy. Pero fuera, el frío de enero se adueñaba de las calles desiertas y de los descampados cercanos a su casa donde juega al fútbol con sus amigos, ahora barridos por el viento norte del Guadarrama y por las sirenas antiaéreas. Pensó en aquel cielo azul, estático, como congelado, que tanto le gustaba a su padre: «Julián, por mucho que viajes no verás uno más limpio y azul que éste».

Una segunda andanada de la Cibeles partió el palo mayor de su perseguidor cuando ya el fuego de fusil desde uno y otro lado se había convertido en aguacero, a esta distancia cualquier cañonazo haría estragos en el enemigo, eso lo sabía bien el capitán que en cuanto vio que el otro barco se quedaba sin posibilidad de maniobra apretó al contramaestre para que virase lo más rápido posible y así evitar la respuesta de los piratas. Pero cargaban rápido. Varios cañonazos impactaron de lleno, penetrando en el castillo de popa y haciendo añicos las vidrieras del comedor del capitán...

Su madre le apretó la mano, cada vez que sentía el estruendo de una bomba cercana le apretaba tan fuerte que Julián temía que la sangre dejase de correr por sus dedos. Él se creía muy valiente y no le gustaba que su madre lo tratase como a un niño, el mes que viene iba a cumplir los once. Le gustaría ser como el protagonista del libro, de

pie en medio de la batalla; no era marino, pero sí tenía su Cibeles. Le gustaba imaginarse con las cartucheras cruzadas de los milicianos y un fusil en las manos, plantado entre los sacos terreros que rodeaban la estatua, apostado al lado del cañón antiaéreo dirigiendo los disparos contra todos aquellos aviones nacionales, italianos, alemanes, lo mismo daba. Su madre le apretó un poco más...

Jaime se alegró de que esta vez el estruendo viniese de sus cañones, el barco había virado a estribor y había lanzado una andanada sobre la proa y el costado de babor que había causado muchos daños, ahora la fragata continuaría virando hasta colocarse en paralelo con el corsario, proa contra popa, para así seguir bombardeando con saña y profesionalidad, tal y como tenían bien aprendido. Aún así el corsario seguía vivo y aún le quedaban un par de andanadas antes de rendirse, la primera fue casi improductiva, la segunda coincidió con el fin de la maniobra. Ambos barcos dispararon casi a la vez y aunque fue el corsario el que llevó las de perder, Jaime se encontró de pronto por el suelo, mirando a su alrededor buscando otra vez al dueño de toda aquella sangre, pero esta vez comprobó que era suya y que además su pierna derecha de rodilla para abajo ya no estaba...

Julián levantó la vista del libro. ¿Cómo? Se sentía confuso. Cerró el libro con furia en el momento en el que sonaban las sirenas de nuevo. El bombardeo había terminado. Se despidió de Damián y su familia y lentamente se dirigieron hacia las escaleras del metro. Cuando estuvieron fuera pudieron comprobar los estragos de las bombas, algunas habían caído muy cerca, destrozando varios

edificios. Había heridos, incluso parecía que muertos, pero su madre le hacía andar deprisa para que no parase y pudiese ver lo que allí había. Mientras andaba seguía pensando en el libro, ¿el protagonista moriría? Suponía que sí, no podía ni siquiera imaginar un héroe tullido.

Ya casi estaban en casa, torcieron la esquina y vieron en el portal a varios compañeros de partido de padre, tres que se alistaron con él. La madre empezó a andar presurosa: «Mira, seguro que es tu padre que ha venido de permiso».

El niño todavía recordaba cuando su padre se fue al frente, llegó a casa con un fusil y varias cajas de munición, lo hizo sentirse muy importante cuando lo dejó al cuidado de todo aquello mientras él y su madre hablaban. Podía ver todavía, perfectamente, el arma apoyada contra la pared del salón, las cajas con la munición y una pistola de cachas de nácar sobre el paño de la mesa donde estaba haciendo las cuentas que su madre le había puesto. Oyó la voz de su padre, apenas un susurro y después oyó la de su madre, ésta más alta y claramente nerviosa. Después vino el llanto, aunque cuando salieron los dos de la habitación ella ocultaba sus ojos enrojecidos con un pañuelo. Después, su padre le dijo que tenía que ir, que creía que era su obligación y que no se preocupase que pronto acabaría todo.

Después había vuelto en alguna ocasión pero ahora hacía casi un mes que no sabían nada de él y su madre estaba cada vez más nerviosa, además estaban aquellos

bombardeos, más de un conocido había sido herido o había tenido que buscar un techo en otra parte porque su casa había sido destruida.

Pero ahora podrían verle, estar unas horas con él, incluso algún día, ahora su padre podría explicarle el final de aquel libro que intuía que no iba a ser como otras veces. Sin embargo, la sonrisa de la madre se fue congelando a medida que se acercaban. Después aflojó el paso, hasta detenerse cuando pudo distinguir los ojos llorosos y culpables de aquellos hombres, sobre todo los de Manuel, el mejor amigo de su marido que los tenía arrasados y tan azules y fríos como se había quedado tras el bombardeo aquel maldito cielo de Madrid.

VIII

El niño mira con los ojos llorosos, suspendido en blanco y negro. La madre, sentada, delicada y joven le da la mano. Son carne muerta que me mira a través del túnel del tiempo creado por la fotografía. Viven en mí cuando los imagino. Ahora los observo en aquel remoto hoy y ambos instantes se funden en uno en el que quizás existimos a la vez.



AMOR DERRAMADO

EL HOMBRE QUE ESCRIBÍA HISTORIAS DE AMOR

El hombre que escribía historias de amor cerró el cuaderno de tapas duras con una foto surfera en la portada. Dejó el bolígrafo a un lado, sobre la mesilla metálica y apartó el vaso de agua haciendo un gesto de asco a las pastillas que pronto le harían tomar. Había terminado su último relato y como siempre le quedaba un regusto agridulce en el paladar. La mirada, perdida y cuadrículada por la red metálica que cubría la ventana, se dirigía a lo lejos, donde se intuían los árboles de un parque al otro lado de la calle.

Siempre escribía la misma historia, unas veces se llamaban Andresito y Violeta, otras Ernest y Jessica o Nicoletta y Sito, incluso en ocasiones se atrevía con nombres como Ingrid y Jürgen o Akira y Tamae. Unas veces transcurría en un día soleado de Madrid, otras en un frondoso bosque del centro de Europa, en una ocasión incluso llevó a los personajes hasta la mítica ciudad de Tombuctú. Ella era una bella beduina y el protagonista un comerciante que se pasaba la vida atravesando el terrible Sáhara hacia el África verde. Pero él siempre acababa igual, con el pecho abierto, manchada la camisa blanca y ella llorando inútilmente, derramando lágrimas saladas

El hombre que escribía historias de amor

sobre la sangre roja, recostada sobre el pecho, desinflado ya, del hombre al que había estado esperando...

Los enfermeros lo llamaban *el loco del cuaderno*, sus compañeros de pabellón *el escritor*, bien sabían ellos que estaría dispuesto a matar si alguien tocaba lo que escribía. Todas las noches tenían que reconvenirlo para que dejase de escribir, el estricto régimen del sanatorio le obligaba a apagar a las diez. El no quería, temía a la noche, igual que temía a las visitas, por más cariño que intentasen mostrarle no recordaba ninguno de aquellos rostros que desfilaban por el hospital y con los que se veía obligado a pasear las soleadas tardes de los domingos, las lluviosas o frías las pasaban en el comedor que hacía las veces de salón de estar. En cualquier caso, no hablaba, se limitaba a mirar al suelo, asentía de vez en cuando y miraba a hurtadillas aquellas caras que le demostraban familiaridad pero que él desconocía. Por suerte hacía ya mucho tiempo que no venía nadie a molestarlo, así tenía más tiempo para escribir su historia.

Durante el día fabricaba sus cuentos, por la noche, recordaba. Siempre lo mismo, la misma escena, las mismas palabras y el mismo final. La parada del autobús frente al bar, las vidrieras del local reflejando el paso de los transeúntes con aquella estúpida gamba roja impresa. La espalda de ella contra el cristal, guapísima con su abrigo rojo que le llega a los pies y apenas deja entrever las medias negras. Sobre sus piernas seguramente lleva una falda. Al final, con él, nunca se ponía faldas, eso lo exas-

peraba y le hacía removerse entre las sábanas, pero no despertaba, el sueño seguía su curso.

– ¿Qué haces aquí?

– Ya ves, vengo a verte.

– Yo no quiero verte, ni estar cerca de ti.

– Ya, pero yo no puedo vivir así.

– Pues yo estoy muy bien, déjame en paz. Llamaré a la policía.

– Ven conmigo, sabes que te quiero.

– ¿Me quieres?, ¿y los gritos y los golpes?, ¿y los celos?

– He cambiado, vente conmigo.

– Va a llegar Pedro...

– ¿Ese quién es?, ¿tu chulo?

– No digas eso, no tienes derecho, ¿lo ves? No has cambiado.

– ¿Quién es?, ¿tu chulo, verdad?

– No grites. Déjame, ya llega, vete... Por Dios, guarda esa pistola.

Después el sueño perdía el color y aparecía en sepia, como una película deteriorada y antigua, de los primeros tiempos del cine, que de tantas veces como se ha proyectado ha perdido el color. Paola grita, grita mucho sobre la herida por la que se le va la vida a aquel hombre. Grita tanto que lo aturde. Entonces, cada noche, frente a él aparece alguien, con su mismo rostro y el mismo gabán zurcido que tenía desde que ella se lo regaló, aquella tarde, al volver del trabajo con una sonrisa y un largo beso en los labios. La pistola, también es igual a la suya,

pequeña, antigua, con las cachas de nácar, igual que la que compró una mañana en el rastro, bajo cuerda, en una tienda de pertrechos militares, pero la mano que la empuña se le antoja extraña. Ese otro hombre especular la levanta con los ojos desencajados y dispara sobre ella dos balas mudas, sin explosión, que hieren a Paola y que hacen que deje bruscamente de llorar y que calle, que calle para siempre.

Cada mañana se despierta antes de amanecer, un atisbo de claridad se cuela por las ventanas enrejadas de la habitación. Si pudiese oír, le molestarían los ronquidos de los compañeros, pero desde entonces todo está en silencio alrededor suyo. Lo último que sus oídos registraron fueron los sollozos de la que fue su mujer. Toda la gente que había ido a verle desde entonces intentó en vano hacerle hablar, pero él ya no vivía en el mundo de las preguntas y las respuestas, en el mundo de las risas y los lamentos. Lo último que había oído era lo que seguía oyendo cada minuto, aquel grito seguía allí, en su cabeza. Solo escribiendo podía soportar aquello. Escribía de día, recordaba soñando de noche y odiaba todo el día, odiaba cada instante de su vida a aquel tipo del sueño que era igual que él y que salió de un espejo maldito para acabar con la vida de lo que más quería.

IX

No recuerdo tus ojos, lánguidos y negros,
brillantes como botones de húsar.
No acierto a verte feliz y estupenda,
con tu traje de domingo.

Han pasado muchos años y no consigo acordarme
de aquellos instantes preciosos.
Pero da igual, somos mucho más felices
fabulando nuestra vida.
No recuerdo cómo te llamabas,
la verdad, creo que te inventé hace años,
pero ahora, ahora no me acuerdo.

SOLO UN MINUTO

El agua escurría por los bordes del paraguas mientras la cadencia de sus pasos se acrecentaba. A su derecha, la hilera de árboles lo protegía del aguacero, a su izquierda las ráfagas de coches, presurosos tras la neblina producida por las millones de gotas levantadas por las ruedas, pasaban dejando tras de ellos surcos en el asfalto mojado. Iba a verla. Al final de aquel paseo, a pesar de los años transcurridos y por encima de los reproches que se hacía así mismo bajo la lluvia de aquella tormenta inesperada, a pesar de todo, una sonrisa estúpida le decoraba la cara.

Llegaba tarde, ella llegaba tarde, él, como las otras veces, estaba en el lugar de la cita absurdamente pronto. Los minutos que había llegado antes de la hora convenida habría que sumarlos al tiempo posterior que le haría esperar. La conocía desde hacía mucho y la conocía lo suficientemente bien como para suponer que su tardanza bien podría deberse a que acababa de dejar a un hombre, quizá aún desnudo, en la cama, justo antes de ir a reunirse con él. Llegaba tarde, muy tarde, el tiempo era para ella solo la secuencia ininterrumpida de sus caprichos, ella era así.

Mientras esperaba, bajo la lluvia, imaginó como llegaría ella, fingiéndose apurada: *¿me he retrasado mucho?* En-

tonces le gustaría contestar mirando su reloj de pulsera, parado en las seis y uno desde hacía muchos años.

– No amor, parece que solo un minuto – señalando con un gesto descuidado las agujas agotadas e inmutables.

Recordaba cuando la conoció, era un niño y su mundo se limitaba a la escuela y al bar de debajo de su casa regentado por sus padres. Sentado en las mesas de formica verde hacía los deberes del colegio entre partidas de mus y chatos de media tarde.

Tenía diez años, y aquella mañana cambió el curso de su vida para siempre. Llegó con el año escolar empezado, cuando las hojas estaban dejando desnudos los árboles de los parques y de la ribera del río, después de haber cambiado el verde brillante del verano por el ocre, más respetable, del otoño tardío. Recordaba su vestido violeta con pliegues en la falda y un cuello blanco con puntillas, sus ojos apenas se levantaron del entarimado cuando la maestra la presentó a la clase.

– Niños, ésta es Violeta, ha venido nueva a la ciudad y será vuestra compañera a partir de ahora.

Violeta, igual que el vestido, eso fue lo primero que pensó. Luego, cuando levantó la cara se quedó colgado de aquellos ojos para toda la vida y comprobó que no solo tenían ese color su vestido y su nombre. A lo largo de los años pudo comprobar largamente que si miraba hacia abajo no era por timidez sino más bien porque se le habría caído algo al suelo.

Se sentaban por parejas, dos mesas adyacentes con su correspondiente silla y por circunstancias era él el único que estaba solo. Sito, su compañero, era el número 29 de la lista y después iba el 30, o sea él mismo, por lo tanto se sentarían juntos aquel año, pero al padre de su compañero, decían, lo fue a buscar un día la guardia civil y se lo había llevado; verdad o no, el caso es que a continuación su madre y Sito dejaron el barrio y la ciudad y nunca más se supo de ellos.

Una vez hecha la presentación por doña Hortensia, la nueva compañera avanzó por el pasillo dejado por las filas de mesas y se dirigió hacia él. Ahora sí llevaba bien levantada la cabeza, mirando hacia el fondo de la clase.

– Hola, soy Violeta, bueno, eso ya lo sabes, lo acaba de decir la maestra. ¿Cómo te llamas?

Era una pregunta realmente sencilla, pero tardó casi un minuto en contestar, lo cual todavía le azoraba más, porque pensaba que aquella niña iba a pensar que era idiota.

– Andrés, me llamo Andrés. – contestó al fin.

Todavía recordaba su media sonrisa reprimiendo una risotada y lo que es peor, recordaba aquella quemazón que le subía desde el cuello y que iba tomando poco a poco la cara hasta convertir su cabeza en una especie de gran *chupachups* de fresa, lo que a su vez le dio todavía más vergüenza.

Después de aquel esperanzador comienzo se convirtió en algo parecido a un lacayo, siempre servicial y siempre esperando sus órdenes: *Andresito, ¿por qué no me*

traes unos chicles del quiosco? O cuánto pesa esta mochila ¿me la puedes llevar?

Pasó los años que les quedaban de colegio haciendo recados para ella solo por el placer de oírle decir su nombre. Pero no fue hasta el último año cuando intentó quedar con ella, algo parecido a una cita. Esa era, al menos su idea. La de Violeta, como pudo comprobar, era otra muy distinta.

Estaban en junio, habían terminado prácticamente todas las obligaciones con la institución educativa y solo iban a clase para completar aquella semana antes de la entrega de notas. Entonces se atrevió: *¿Te gustaría venir conmigo esta tarde al merendero del Pirulo, el que está junto al río?*

Lo miró, como siempre que se dirigía a él, con aquella media sonrisa que inevitablemente lo desarmaba. Con el paso de los años se había convertido en una adolescente espigada, a la que el crecimiento en vez de parecer que la había sorprendido, como a la mayoría de las chicas de clase, le había llegado en el momento justo para terminar de colocar cada cosa en su perfecto lugar. El pelo moreno ya no lo llevaba en coletas, ahora lo tenía corto, lo que hacía que sus ojos resaltasen aún más. Su gesto se estilizó y toda ella, por lo menos a los ojos de los catorce años de Andrés, despedía una elegancia como no había otra igual en el mundo. A todo esto es a lo que tuvo que enfrentarse cuando le propuso que merendase con él. Más por amistad que por otra cosa accedió y quedaron a las seis, era el día 15 de junio de 1975.

La hora de irse no llegaba nunca. Comió antes que otros días y menos que nunca, la siesta era un objetivo inalcanzable en su estado así que dedicó ese tiempo a ponerse nervioso sacando y volviendo a meter todo su escaso repertorio de ropa veraniega. Al final se decantó por ponerse los pantalones blancos de pinzas que eran la estrella de su armario y los destinados a todos los eventos familiares. No eligió la camisa a juego, la que iba asociada a los pantalones, quiso ser original y se plantó un polo, visto en perspectiva, ahora se avergonzaba de su osadía.

Por supuesto estaba allí media hora antes, y por supuesto se fue sin saber qué había pasado ni porqué, cerca de las 10. Llegó tarde a cenar a casa y se ganó una bronca de su padre que era particularmente estricto con el tema de sentarse todos a la vez a la mesa. Al día siguiente no hubo excusas, solo una especie de laguna mental en la que ella estaba instalada y en la que no parecía recordar que lo había plantado el día anterior.

El verano mitigó la decepción de aquel día, también ayudó el saber que no irían al mismo instituto, ella haría bachillerato, él, por decisión directa e irrevocable de su padre, mecánica del automóvil. Pero al fin y al cabo vivían en una ciudad pequeña y era inevitable encontrarse algunas veces.

– Hola, ¿qué tal? ¿Cómo te va?

– Bien, ¿y tú? Llámame algún día y quedamos – decía él.

– Vale, un día te llamo.

Pero nunca cumplía la promesa, ella lo decía por cortesía o porque realmente en ese momento lo creía posible,

el problema venía cinco minutos más tarde cuando ya ni se acordaba de su compromiso. Para Andrés, en cambio, suponía una semana pendiente del teléfono. Cada vez que llegaba del instituto preguntaba a su madre:

– ¿Ha llamado alguien preguntando por mí?

– ¿Pero quién va a llamarte? ¿En qué estas metido para que te tenga que llamar alguien?

Terminó sus estudios y Andrés se puso a trabajar en un taller, de ocho a dos y de tres a seis, una vida ideal para no acordarse mucho de ella. Pero entonces se le ocurrió inscribirse en un curso nocturno para acceder a la universidad y el primer día cuando ya estaba sentado al final de la clase y con un sitio libre a su lado, entró Violeta, con una carpeta apretada contra su pecho y con unos vaqueros igualmente apretados a sus caderas. Nunca había deseado más estar donde aquella carpeta y sentir el calor tibio del que debía disfrutar aquel estúpido objeto. Lo vio, sonrió y se sentó a su lado. Los asientos limítrofes a su alrededor parecían que tenían tendencia hacia el vacío para que así, inevitablemente, fuesen ocupados por ella. A lo largo de su vida ha tenido ocasiones de elevar esta afirmación a ley de la naturaleza.

Pasaron un año estupendo, más Violeta que él, reía con profusión con otros alumnos, cuando se dirigía a él seguía gastando aquella media sonrisa que siempre parecía decir: *Andresito, pero dónde vas.*

Esta vez no fue el 15, fue el 13 de junio de 1987, con la selectividad aprobada y con las ilusiones de empezar

cada uno sus carreras, Andrés periodismo, ella políticas. Por lo demás el resultado fue el mismo, quedaron, bueno, quedó él a la puerta del cine Excelsior, a las seis, sesión de tarde, versión original subtitulada: *Y así luego te invito a cenar, que para algo me tiene que servir trabajar en esa mugre de taller.*

Llegó cuarto de hora antes, no quiso comprar las entradas e hizo bien. Se fue de allí a las siete y media, directo a la taberna del Tuerto, a olvidar el segundo plantón. Con lo que había conseguido ahorrar trabajando en el taller y con la promesa de un trabajo de media jornada como camarero en el restaurante de un paisano, Andrés se armó de valor y les dijo a sus padres que iba a hacer periodismo, pero no allí, en Madrid. No se lo dijo hasta que no le admitieron y hasta que no tuvo seguro lo del trabajo, así que fue sobre hechos consumados. En septiembre cogió la maleta con lo justo para empezar una vida nueva en otro sitio, dejando todo lo demás en su ciudad, deseando que Violeta fuera una de las cosas que quedaran atrás.

Madrid es grande, para uno que llega a la antigua estación de Atocha desde una ciudad de provincias es muy grande. Aquella vieja estación te advierte del terreno que pisarás a partir de entonces. Los techos altísimos, aquel aire decimonónico y toda aquella gente de un lado para otro. Los años que Andrés pasó en la pensión de Antón Martín fueron de lo mejor de su vida, se instaló allí por recomendación del paisano, dueño del bar donde

iba a trabajar. Estaba en un portal siniestro al que entró la primera vez después de revisar tres veces las señas y cerciorarse de que efectivamente aquella era la dirección que llevaba puesta en el papel. Por lo demás tenía lo que uno necesita con veintidós años, en este orden: barata, discreta y limpia.

En Madrid ha vivido hasta ahora. Terminó periodismo y se casó. Se acostumbró a esa ciudad frenética, provinciana y cosmopolita, abierta y guardiana de sus costumbres, a sus inviernos fríos como demonios y a sus veranos que derriten el asfalto, su tráfico y su metro en el que iba todos los días al trabajo, cinco estaciones y fin de trayecto, por la mañana como sardinas en lata, por la tarde como una lata de sardinas de la que habían sacado un par de ellas para la merienda.

Aquella tarde había tenido la rara fortuna de encontrar un sitio libre, se sentó junto a una señora que transportaba una absurda foto a tamaño natural de una folclórica de moda que lo había mirado mal cuando le pidió que le permitiese ocupar el asiento. Por suerte, a la siguiente estación, la señora cogió su fetiche y salió arrastrándolo mientras se colgaba una bolsa al hombro de *Limpiezas Arturo* con un absurdo caballero medieval, con lanza y todo, como eslogan. Enseguida lo comprendió. Levantó la vista y vio como Violeta entraba en el vagón, con un vestido de primavera, blanco y azul, ancho de vuelo y ceñido al pecho, con una gran cartera de piel colgando del hombro y el pelo rizado, con mechaz rubias, que hacía

que su expresión fuese menos dulce, más adulta, pero igual de cautivadora. Lo vio y su rostro se iluminó.

– ¿Qué tal Andresito? – y le dio dos besos mientras se sentaba a su lado.

Se lo dijo como si se hubiesen visto hacía un par de días, fueron charlando hasta el destino de Andrés. Ella trabajaba en una agencia de publicidad y hacía poco que se había instalado en Madrid, le prometió que se verían a menudo en aquel trayecto. Desde ese día rezaba por la mañana para no encontrarla y por la tarde lo hacía para coincidir con ella, incluso muchas veces dejaba pasar trenes si consideraba que era pronto para que hubiese salido del trabajo. Luego, al llegar a casa se maldecía una y mil veces por desear verla cada día y por no poder escapar de aquel juego absurdo en el que solo él participaba.

Le pareció muy gracioso que estuviese casado, sin embargo ella decía que no estaba preparada para el matrimonio, a cambio le hablaba sin miramientos de diversos y variados tipos con los que nunca dejaba claro que grado de relación mantenía. A él, cada uno de esos nombres se le clavaban como chinchetas olvidadas en el suelo.

Desde que apareció de nuevo en su vida no podía evitar que cada vez que hacía el amor con su mujer se imaginase que en realidad lo hacía con ella, incluso se imaginaba siendo uno de aquellos hombres de los que le hablaba, se los figuraba altos, fornidos, rubios o morenos, con clase, la tomaban con determinación dejándola sin opciones y sin aliento. Más de una vez estuvo a punto

de pedirle a Ana que le llamase por aquellos nombres mientras lo hacían: Berto, Hugo, Ezequiel; de lo que no estaba tan seguro es de que en alguna ocasión no llamase a Violeta en sueños, su mujer nunca dijo nada.

Como no estaba suficientemente escarmentado empezó a pensar en la posibilidad de quedar con ella una vez más. La primavera en Madrid es hermosa, radiante, las tardes cálidas que anticipan el bochorno del verano se ven envueltas por un cielo azul inacabable. Tardó varios meses en decidirse, al fin, se armó de valor y se lo propuso, quedaron para el 10 de junio de 1999, pensó que la rosaleda del parque del Retiro sería un buen lugar para encontrarse. Previsoriamente pensó que si no aparecía, como sospechaba en su interior, siempre tendría la oportunidad de darse una vuelta, solo, por la feria del libro que se celebra en esos días. A ella le pareció una idea estupenda, parecía encantada y le prometió que esta vez no faltaría, nunca hablaba de las otras veces y por eso le sorprendió. Ni él le recordaba los plantones ni ella se excusaba, parecía que nunca hubiesen quedado y que nunca hubiese faltado a las citas, había veces que incluso dudaba si realmente habían existido o eran fabulaciones suyas.

Ni que decir tiene que el resultado de todo aquello fue un paseo solitario entre las casetas de la feria bajo una tormenta de junio y un monumental cabreo contra sí mismo. De aquel día sacó dos cosas: una antología curiosa de poemas de amor de Pedro Salinas y la determinación firme de que nunca más intentaría quedar con ella,

cosa que le facilitó el que como por arte de magia dejaran de coincidir en el metro.

Poco tiempo después se separó de Ana, le recordaba a ella y al juego absurdo de transmutación de personalidad en el que se sumergió mientras se encontraba con Violeta casi a diario. Ha continuado solo durante algunas temporadas y medio acompañado en otras, pero su recuerdo se ha mantenido. En los cines, teatros, transportes busca asientos vacíos. Se sienta en ellos y mira hacia la entrada, esperando verla entrar, clavando sus ojos en los suyos, sentándose a su lado con media sonrisa igual que cuando la vio por primera vez aquella mañana maldita en el colegio.

X

Como dos líneas condenadas a ser paralelas,
sin juntarse jamás,
eran nuestras vidas.

Como esos círculos matemáticos perfectos,
sin principio ni fin,
eran nuestras vidas
concéntricas, inconexas y perdidas por las calles de Madrid.
Pero entonces oí hablar del caos.

Y aquella mañana me dormí
y aquel día salí tarde de trabajar
y perdí el tren por unos segundos
y aquella noche, tropecé para caer a tus pies
bajo la lluvia interminable de tu risa
que extrañamente me atrajo
y que hizo que nuestras órbitas se cruzasen
una y otra vez, un día tras otro.

Desde entonces todo es caótico y por lo tanto
maravillosamente imprevisible.

«Sistemas Dinámicos: a los atractores de estos sistemas se les suele llamar “atractores extraños”, que son trayectorias (órbitas) en el espacio de fases hacia las que suelen tender todas las trayectorias normales».

<http://dspace.upv.es/manakin/handle/10251/5573>

NICOLETTA

Nicoletta se mueve como una patricia romana, o como una puta de Nápoles. Sus caderas oscilan con la precisión de un reloj antiguo y mientras anda, el universo se concentra en su espalda. El universo y mi mirada. Tras los ojos, mis pies van detrás e intento llamarla, pero no sé cuál es su nombre, aún más, todavía ignoro que dejaré esta vida en el instante en que sus labios me contesten: *Nicoletta, me llamo Nicoletta.*

Ella sabe que voy tras sus pasos, se siente hembra acosada, pretendida y le gusta el juego. Yo solo puedo seguirla con el deseo de mecirme entre sus brazos y sentir el calor de su pecho, de sus muslos. La alcanzo y la retengo por el brazo, siento frío a través de la blusa de seda negra. De pronto ha llegado el invierno al asomarme a sus ojos grises, grandes, heladores. Me mira y acepta una copa, me dice que la siga. Todo parece premeditado, previsto.

La escalera es de vieja madera, casi podrida; mientras subimos, los peldaños lloran apuñalados por sus tacones. De vez en cuando se gira para comprobar que sigo tras ella, el movimiento de su melena levanta vientos gélidos que desandan nuestros pasos buscando la calle y el aire limpio de la noche. A medida que ascendemos me falta el

oxígeno, la atmósfera se enrarece. Nicoletta sonrío, aparece cautivadora, como una señora de la noche.

Cierra la puerta tras de mí. La habitación es pequeña, oscura, descuidada. Me ofrece el sofá, me siento y me abraza, sus manos recorren mi espalda y sus dientes mordisquean mi cuello, siento su lengua en mi piel y algo viscoso y cálido que brota de donde sus colmillos han penetrado algo más de la cuenta.

La vida me abandona, estoy recostado en el sofá y ella se ha saciado con mi sangre. Buscaba unos brazos y el calor de un cuerpo, he encontrado el frío de la muerte que ya no me ha abandonado desde aquella noche. Le gusté a Nicoletta y decidió quedarse conmigo, hacerme inmortal como ella y condenarme a vagar eternamente a su lado, matando, no para sobrevivir, si no por el placer de degustar el líquido espeso, aún vivo. Buscando infelices que en el último momento de estupor me pregunten: *por cierto ¿cómo te llamas?*

XI

Le gustaba sentir cómo penetraba el filo del cuchillo en los tomates y se producía una pequeña explosión. Después los picaba, los desgranaba sobre el bol, la carne jugosa caía cuando separaba la piel para tirarla. Primero había cocinado ella, luego poco a poco fue delegando, no podía hacerlo y él asumió cada vez más protagonismo. La enfermedad la dejó quieta, callada, solo ocupaba un pequeño lugar en el salón, delante de la tele. Él mientras tanto picaba tomates y se preguntaba si sería tan fácil abrir una yugular, descartó la idea cuando un pequeño cherry se le estalló en las manos poniéndolo todo perdido de un zumo rojo, espeso.

Hoy la había colocado en su silla de ruedas, incluso parecía que había sonreído cuando la llevaba por el pasillo hasta la cocina. Retiró el flequillo de su cara para darle a probar su última salsa de tomate. Todavía al fuego, sopló para apagar la llama y se sentó a su lado, mojando pan y acercándoselo a los labios mientras oían el leve siseo que los sacaría por fin de allí.

EL DIARIO DE JONÁS

Andrea miraba desde el fondo del mar de sus ojos azul oscuro y yo me esforzaba por ver lo mismo que ella, por oler lo mismo que ella. Era muy joven y la sonrisa de una mujer ejercía sobre mi sistema nervioso una acción paralizante, Andrea, además, tenía una especialmente cautivadora. Pasamos juntos dos años, traspasamos una barrera invisible que nos aterraba, desconocíamos todo lo que habría al otro lado, lo bueno y lo malo.

Los besos, los abrazos, los orgasmos, eran juguetes recién desempaquetados y los disfrutábamos como niños en navidad. Pero igualmente nos cansamos, Andrea de mí y yo de Andrea.

Beatriz llegó con los veinte y como esos años, era intempestiva, salvaje. Cuando me acariciaba la espalda no podía evitar dejar cinco líneas rojas. Era un placer doloroso, nunca he vuelto a sentir semejante contradicción.

Llegaba los viernes, me esperaba a la salida del curro y sin preguntar siquiera me secuestraba. Al volante de su coche destartalado recorría kilómetros sin parar hasta algún hotelucho de la costa desde el que, a la mañana siguiente, podía respirar el aire salobre del mar mezclado con el del sudor y el sexo de toda la noche. Después abría el balcón de par en par y podía observarla al trasluz, desnuda y de-

seaba que aquello nunca terminase. Pero acabó. Una noche, de vuelta, se durmió al volante. Yo me desperté tres días después y hasta los dos meses no pude llevar flores a su tumba, unas amapolas que fui recogiendo por el camino, eran su flor preferida: bella, salvaje y efímera.

Catalina era alta, distinguida y nunca supe por qué diantres se fijó en mí. Su familia me evitaba y yo hacía como que no me daba cuenta. Me exhibió por Madrid como un trofeo exótico mientras la sorpresa se mantuvo y después de un tiempo, corto, como no podía ser de otra manera, dejó de estar interesada en mí y en mis circunstancias.

A Dafne la encontré en una galería de arte en la que entré por equivocación, bueno, en realidad fui por un amigo, pero era la primera vez en mi vida que iba a un sitio así. Cuando la vi no podía imaginarme que aquella mujer etérea, flacucha, con el pelo rubio y liso que le caía sobre los hombros y los ojos, iba a convertirse en mi primera compañera.

A ella le gustaba el arte innovador, a mí el fútbol. Se moría por ver cualquier cosa que oliese a alternativo, nuevo, rompedor. Yo ronroneo de placer ante una cerveza acompañada por un pincho como Dios manda. Yo fumo, ella es de Greenpeace. Cuando decidimos vivir juntos parecíamos dos enfermos terminales, nadie nos daba más de tres meses. Aguantamos cuatro años, con un par.

Nuestra casa tenía lo que mis amigos llamaban “distintos ambientes”. Mi leonera, desordenada, con mis discos, mis cómics, el ordenador y por supuesto una tele

para enchufar la consola. Dafne era dueña absoluta de otra habitación, pintada de verde pastel y en la que todo era feng-shui y tenía nombres extraños que me recordaban a la carta del restaurante japonés al que íbamos a cenar algunas noches. También disponía para ella de la terraza en la que incluso cultivaba sus propios pepinos, flipante. El resto de la casa, y de esto me di cuenta cuando rompimos, era un mestizaje imposible de estilos y formas de vida donde los objetos, fuera de lugar, nos gritaban que aquello no podía ser.

Elena siempre estuvo ahí, era la amiga de mi hermana. Para mí, decir voy a ver a mi hermana, era ver también a Elena. Hasta hace cinco años. Mi hermana se casó y Elena estaba allí, bailamos, hablamos, me contó lo que hacía y yo le di un beso, creo que ese momento dudó entre reírse o darme un guantazo, pero optó por devolvérmelo y aquí estamos.

Un día hablando de nosotros y nuestro pasado cayó en la cuenta: *así que solo soy la letra E, la que va después de la D pero antes de la F*. No sabía a qué se refería hasta que empezó a nombrar a mis “ex”. Desde entonces, en la cama, bromeo a menudo con Federica sobre el tema e invariablemente me apremia para que dé paso oficialmente a la siguiente letra del abecedario.

XII

Meteré las coordenadas en el GPS, obtenidas en un par de pasos en Internet. Por la tarde, dejaré que la sensual voz mecánica del aparato me lleve hacia ti, pero no lo digas en voz alta, la última vez cuando llegué no estabas. Sospecho que el navegador no funciona bien, calentado por los celos. No me quedará otro remedio, tarde o temprano, que resetearlo.

GEOGRAFÍA

Andrés caminaba como un león enjaulado dando vueltas y más vueltas, cada vez que reconocía algún rincón se reavivaban sus esperanzas e incrementaba el ritmo. Buscaba encajar sus recuerdos con el aspecto que actualmente presentaban aquellas calles que conoció muy bien hacía unos años. Iba de acera en acera, observando todas las bocacalles que salían de la principal, andando alrededor de la manzana para volver de nuevo al principio. Sus ojos vigilaban los números de los portales, se fijaba en cada uno de los dinteles de cada una de las puertas ante las que pasaban: « ¡Caramba!, por aquí ya hemos pasado».

Andaban juntos, de la mano. Imperceptiblemente habían aumentado la cadencia de sus pasos como si al ir más deprisa tuviesen la certeza de poder encontrar su destino más fácilmente. Su compañera era menuda, a él le parecía de una elegancia exquisita, un cuerpo pequeño, proporcionado y delgado coronado por una cabeza en la que destacaban dos rasgos, como señales de aviso. El primero de ellos eran sus redondos y grandes ojos negros, que protagonizaban su cara dándole un aire de niña perdida que pregunta a cada instante por todo. El segundo rasgo era el cabello rojo cobre que caía a los lados de la cara como si no tuviese otra cosa que hacer y nadie

se lo hubiese impedido. Parecía frágil, desorientada, pero bastaba tratar con ella para al instante verificar todo lo contrario. Conocía a Ana desde hacía dos meses y salían desde hacía uno. Ella le gustaba de verdad y para él había sido una grata sorpresa el encontrar su cuerpo y sus caricias que le hiciesen olvidar otros ojos y otros nombres.

La mirada de él buscaba aquella señal que estaba marcada en su memoria, o tal vez donde realmente estaba era en ese territorio difuso que separa los recuerdos reales de lo meramente soñado. Empezaba a no estar seguro y pensó en lo curiosa que es la capacidad del ser humano para incorporar hechos no ocurridos a nuestra vida, como un afán por reescribir una y otra vez el guión de nuestra existencia hasta quedar satisfechos con ella. Pero estaba seguro de lo que recordaba, había ido a aquel restaurante varias veces, bien es verdad que hacía tiempo, bien es verdad que fue con una mujer distinta a la que ahora lo acompañaba.

Hacía unos años, paseaba de la mano de otra por aquel mismo barrio. Andaban sin rumbo, guiados por el mero placer de sentirse perdidos juntos y con la despreocupación con que nos obsequia esa edad en la que todavía el tiempo corre a tu favor e importa poco perderlo. El eco de sus pasos les acompañaba en el silencio que invadía el atardecer de la ciudad en abril. Entonces vieron el blasón al lado de la puerta, una puerta antigua raída por los años, el barniz decolorado y escaso dejaba entrever la madera desnuda que había debajo. El conjunto pedía una restau-

ración a gritos, como todo aquel barrio, alejado de las inversiones y abandonado por todo aquel con recursos para tener una casa en mejor sitio.

Se detuvieron a mirar y fue cuando descubrieron aquella luna cincelada en el centro del escudo. Era una luna llena, en la que el escultor, incluso, se había molestado en esbozar algunos cráteres. La luna los perseguía desde que comenzó su aventura. Aquella luna redonda, rotunda y blanca de la primera noche, que los iluminó en otro paseo y en otra ciudad y que les sirvió de guía para empezar una relación. Aquella primera noche los besos fueron cortos, dados con ansiedad, procurando no demorarse mucho para que hubiese tiempo para muchos más, pero sirvió como inicio para una relación hermosa que hubo que cuidar mucho y aún así no tuvo oportunidad de crecer.

Así que cuando vieron ante sí otra luna similar no pudieron evitar sentirse como en casa, protegidos por un halo lunático que los perseguía, los guiaba y los hacía inexpugnables a la corrosión que apelmazaba las relaciones de los demás.

Justo debajo del blasón estaba el anuncio: “Por la siguiente calle a la derecha. Restaurante Luna del Sur”. Se miraron, estaban hambrientos. Aquella fue la primera vez, después vinieron muchas más, siempre que estaban por allí entraban a cenar, siempre a cenar. Aquel restaurante se convirtió en su pequeño secreto, no hablaron de él a nadie, ni nunca oyeron referirse a él. Parecía que abría solo para ellos y que ellos eran los que hacían que aquel sitio existiese. Cuando coincidían con otros clientes en el comedor, los sonidos les llegaban amortiguados, alejados y remotos, parecía que la distancia de unos pocos metros que los separaba de ellos fuesen en realidad decenas.

La calle en la que estaba era estrecha, corta, insignificante, fácilmente podías pasar a menudo por allí y no fijarte en que allí había una calle; mucho menos notar la existencia de un restaurante. Aquella puerta de entrada acabó siendo para ellos el paso a otra dimensión de la que siempre volvían pesarosos y con la noción del tiempo perdida, ya que a menudo, cuando salían era madrugada y ambos se preguntaban cómo se les podía haber hecho tan tarde. Lo cierto es que allí dentro, su amor parecía más cierto y vivo que en ningún otro sitio.

Era curioso, ahora, pasado el tiempo, en realidad no recordaba mucho del interior. Su luz opalina, de otro siglo, parecía producida por candelabros llenos de velas, en realidad no creía haber visto nunca ninguna lámpara, ni bombilla. Lo que sí recordaba era la calma elegante de los camareros, ejecutando una danza antigua, monótona, dulce y entrañable, aprendida tras muchos años de servicio. La vajilla amarillenta, pasada de moda, no estaba seguro si era así o era el efecto de la luz que todo lo envolvía. Los cubiertos eran de alpaca antigua, grandes y pesados requerían un uso lento y parsimonioso para poder ser manejados correctamente, lo cual hacía que los comensales incurriesen en una pereza inducida por la que las comidas se alargaban y con ellas las charlas a las que a menudo se apuntaban los mismos camareros. La limpieza pulcra de todos los objetos no podían desmentir ni los años ni los comensales que por ellos habían pasado. El comedor era pequeño, aunque no tanto como parecía desde la entrada. Se accedía por un pasillo corto, con las paredes forradas de retratos antiguos, casi de la época primigenia de la fotografía, cuando la gente aún tenía esa cara de asombro y temor al posar delante de una de aquellas máquinas que

atrapaba su imagen en un papel. Todos los retratos eran de parejas y todas ellas estaban sentadas a la mesa. Después del pasillo, el local se abría en un semicírculo casi perfecto y amplio en el que podría haber diez o doce mesas, quizás habrían cabido más, pero sin duda el dueño del local prefería la comodidad de sus clientes a las ganancias que le pudiese conllevar el aumento del aforo. El comedor estaba decorado al estilo decimonónico, en el que no faltaba algún detalle disonante como los dibujos cubistas de las falsas vidrieras en el único trozo recto de pared.

Todavía fueron de arriba a abajo otro cuarto de hora y de nuevo volvieron al mismo punto de antes. Perplejo, se esforzaba en mirar hacia arriba buscando el blasón con la luna, una calle minúscula y la puerta del restaurante. Andrés miraba todos los portales, cada detalle en ellos en busca de algún indicio, al menos de que pudiese haber existido aquel restaurante. Ana mientras tanto lo seguía, dejándolo ir de arriba a abajo. Aquel hombre a veces la sorprendía, a veces la irritaba, era como si continuamente comparase su relación con algo, con las anteriores o quizás con una sola de las que hubiese tenido antes o quizá con alguna que nunca había podido tener. Sin embargo, poco a poco iba surgiendo en ella un sentimiento para el que se creía incapaz hacía mucho tiempo. Siempre se mortificaba pensando que era culpa suya, que en algún momento había perdido la capacidad de amar o simplemente se la había dejado sobre alguna de las camas en las que se había sentido tan infeliz. Por eso la primera sorprendida por todo lo que le venía ocurriendo desde

hacía un mes era ella. Aquella relación había ido calando dentro, poco a poco. No le parecía especialmente guapo, ni le parecía especialmente inteligente, pero había algo en él que le atraía irresistiblemente, algo que le hacía sentirse bien consigo misma y con el mundo, sobre todo cuando le hacía reír, muchas veces sin ni siquiera proponérselo. En esos instantes la miraba con aquellos ojos que decían: *me encanta verte reír, pero no entiendo porqué lo haces*. Era en esos momentos cuando deseaba no dejar de estar a su lado y cuando odiaba la separación que irremediablemente se produciría poco después.

Después de alguna vuelta más la miró incómodo: *De verdad que merece la pena...* Entonces, se quedó a media frase. Se dio cuenta de que nunca lo encontraría, aquel restaurante formaba parte de otra ciudad y de otro tiempo en el que él tampoco había estado nunca. Quien estuvo era alguien que se le parecía pero con el que el tiempo le había distanciado. Ahora ellos deberían buscar su tiempo y su espacio y tendrían que dibujar poco a poco, día a día, el mapa de sus vidas para así explorar la geografía única de su amor.

XIII

La distancia entre la tierra y la luna apenas si es mayor que entre dos neuronas vecinas, o a la distancia que hay entre dos clicks de ratón. Jamás llegaré hasta la luna, igual que nunca recorreré el camino entre dos neuronas y nunca sabré lo que hay detrás del último click.

LA VIUDA

En la puerta de la sala número trece del tanatorio tuvo que esquivar a un jubilado que decía llamarse Julián y que le daba el pésame sin ni siquiera conocerlo. Ya dentro, cuando lo vio allí, tendido en el ataúd no pudo reprimir la sensación casi física de un golpe en el estómago. Aquel muerto, todavía joven, apenas tenía sesenta años, era por el que había convertido su vida en una trama de opereta, en un juego del escondite en el que siempre los que se escondían eran ellos y el resto del mundo se la ligaba. Le habían puesto una especie de túnica blanca que le ocultaba todo el cuerpo excepto la cabeza, los ojos cerrados y una expresión todavía de sorpresa; su aspecto era bueno, porque la rapidez y lo imprevisible del ataque al corazón no había dejado lugar al deterioro que una larga enfermedad podía producir en un cuerpo. Pensó egoístamente que mejor era así, quizá no hubiese soportado verle apagarse paulatinamente y sin esperanza por efecto de una larga enfermedad.

Siempre había sabido que algo en sí mismo era distinto al resto de sus compañeros. No era algo físico, no estaba enfermo, ni siquiera pensaba que estuviera loco. Al principio, de niño, solo le parecía una cuestión de gustos, al elegir los juegos, prefería aquellos que no involucrasen el uso de la violencia o un esfuerzo por el

cual acabase sudando y jadeando como un gorrino. De hecho, envidiaba a las niñas y sus juegos tan originales y entretenidos, las veía crear historias e inventar situaciones para sus muñecas, intercambiar vestidos, jugaban a vivir. Mientras, los chicos se ocupaban en jugar al fútbol, a las canicas, siempre compitiendo y siempre intentando quedar por encima de los demás.

Todo eso le resultaba agotador, jugaba por seguir la corriente y porque no tenía demasiadas alternativas, ya le recriminaba bastantes veces su padre la flojera: *Álvaro, eres un flojo, si no fueses hijo mío pensaría cosas raras de ti que prefiero ni imaginarme.* Como para encima darle motivos para que dirigiese sobre él sus regañinas porque no era lo bastante *machote*.

El conflicto vino después, en la pubertad y en la adolescencia cuando, primero se opuso radicalmente a seguir haciendo aquello que no le gustaba y segundo empezó a sentir que realmente no le atraían las chicas nada más que como compañeras o confidentes.

Aún así, decidió seguir fingiendo, se convirtió en el rarito del grupo, no salía con ninguna chica y tampoco se unía al coro de voces juveniles cuando pasaba alguna cerca de ellos. Después vino la mili, no podía recordar una época más inútil en toda su vida. Ya después de cumplir con la sociedad y una vez lejos de los cuarteles fue cuando decidió que ya estaba bien de negarse la evidencia y comenzó a explorar aquello que sentía y que había decidido que ni le avergonzaría ni le arruinaría la vida.

Fue manteniendo una serie de más o menos fugaces y discretas relaciones a lo largo de los siguientes años. Fugaces porque el amor a veces tarda en llegar y discretas porque la época era poco proclive a que se aireasen ciertas conductas: existir existían, pero por favor que no se entere nadie.

Se querían desde hacía tiempo, fue algo lento, arduo, como un parto difícil. Llevaba trabajando en aquella oficina desde hacía tres años cuando llegó Eduardo. Era toda una promesa de la abogacía y estaba destinado a terminar siendo socio del bufete. Con menos de treinta años, felizmente bien casado con la hija de uno de los socios y con una corta pero brillante trayectoria como abogado. Álvaro se fijó en él, su figura espigada y sus manos largas, blancas, con uñas exquisitamente cuidadas, le llamaron rápidamente la atención. Cuando intercambió las primeras palabras, pudo ver que los ojos de Eduardo parecían estar pidiendo algo más a la vida, a pesar de su previsible éxito. Aquella mirada le estaba pidiendo ayuda, pero solo alguien como él podía interpretar correctamente su gesto, ni siquiera el propio Eduardo sabía lo que querían decir sus ojos.

Al principio se veían en la sala del café, en grupos distintos. Las miradas de curiosidad de Álvaro hacían que Eduardo se sintiese observado, extrañamente observado. Después vinieron cenas de empresa en Navidad, roces mezclados con champán y por fin un volcán desatado en el servicio del hotel donde aquel año se celebraba lo

bien que le había ido al bufete. Siguieron citas después del trabajo, encubiertas como reuniones inaplazables. Viajes a destinos convenientemente amañados para que la distancia fuese su aliada. Noches pasadas soñando con otra vida, juntos, sin tener que dar explicaciones a nadie. Años de relación tapada, sospechas y rumores en la oficina donde había más de uno que aseguraba ciertas cosas que realmente no había visto.

Por fin se habían decidido, Eduardo dejaría a su mujer, sus hijos eran mayores, su posición en la empresa le importaba un carajo y los años que les quedasen los querían disfrutar juntos. Por eso cuando aquella señorita ataviada con el uniforme del tanatorio entró en la sala preguntando por la viuda, torció el gesto y tuvo que reprimirse para no adelantar la mano extendida contestando: *yo, yo soy la viuda.*

XIV

La secuencia eterna de instantes,
el continuo acarreo de momentos
jamás consigue, ni conseguirá,
calmar esta sed que me araña las entrañas del cerebro..



SALTAR SIN RED



EL HOMBRE EN BLANCO Y NEGRO

Hacía tiempo que el extraño fenómeno le ocurría, tanto él mismo como toda la ropa que se ponía aparecía ante sus ojos en blanco y negro. Solo en la penumbra del cine se sentía a gusto, su falta de color formaba parte de aquel mundo; pasaba las tardes de domingo sumergido en la oscuridad, dejando pasar las sesiones una tras otra, viendo películas antiguas, soñando con formar parte de aquellos films en los que todo el mundo era gris, como él.

Quería codearse con Humphrey en Casablanca, cabalgar con Errol Flynn junto a la brigada ligera, con la vista puesta en las montañas enormes, inexpugnables y grises, contra un cielo casi blanco que se cubría de negros nubarrones tormentosos a medida que los caballos aumentaban la cadencia de su paso en el ataque suicida.

Después salía del cine y aunque la gente fingiera no verle nada extraño, podía apreciar en el reflejo del vidrio, cuando se paraba delante del escaparate de un bar con una absurda gamba roja impresa, que los paseantes torcían la cabeza y esbozaban una media sonrisa de sorpresa mientras comentaban sobre su aspecto. Apretaba el paso entre los coches hasta que llegaba al suyo, allí en aquella pequeña cueva de color negro, volvía de nuevo a sentirse a salvo.

No recordaba exactamente cuándo empezaron los síntomas. Sus colores naturales simplemente empezaron a virar hacia los dos extremos del espectro. Fue poco a poco, primero el ombligo y la zona de alrededor. Normalmente se mira poco por ahí, así que cuando lo descubrió, el proceso se había completado. El médico de cabecera le mandó unos análisis y el dermatólogo una pomada. Se acordaba bien, por aquel entonces fue cuando le dejó Genoveva y se sumió en un estado en el que lo del ombligo pasó a un segundo plano. Tenía treinta y cinco años.

Tras este primer episodio fue su ropa la que poco a poco cambió, su trabajo cada vez le importaba menos y los amigos se alejaban sin mirar atrás. Si compraba un luminoso jersey verde manzana, a los tres días se convertía en gris ceniza, si era una chaqueta marrón de pata de gallo se tornaba casi negra a la semana. El resto del cuerpo cambió poco a poco, según cumplía años y la vida avanzaba sin pedirle permiso.

Jonás cumplió los cuarenta la semana pasada, decidió celebrarlo yendo al cine, pero esta vez entró a ver una en color. Se había despedido del trabajo y había comprado una gran mochila roja como las amapolas que una vez llevó a la tumba de una amiga. Fue llenándola con lo poco que consideró imprescindible y de momento seguía conservando su color original. Al acabar la sesión, la cogería y saldría a buscar el primer autobús que abandonase la estación de la ciudad, en dirección a cualquier hotelucho

de playa, le daba igual con tal de que lo llevase hasta un horizonte en el que el color lo inundase todo y pudiese aspirar el olor acre de la sal al amanecer.

XV

7:17 Amanece.

La primera claridad se extiende, como mantequilla,
sobre las montañas.

Rompe la oscuridad escondiéndola hasta mañana.

7:28 Rojo

El disco incandescente incendia la hierba verde.

Bajo mis pies, húmedos de escarcha,
está la tierra fría, hambrienta del calor del día.

7:44 Azul

La luz chorrea por las laderas,
cegados, solo queda mirar al cielo
y esperar de nuevo el día de mañana.

EL PROFESOR

Preferiré recordarlo como ahora, en mangas de camisa, apoyados los codos en la mesa de su despacho, despidiendo aquel olor a cuero y a cigarrillo negro, los ojos encendidos mirando la pizarra, intentando explicar a sus alumnos los secretos del universo. Porque con él, todas las cuestiones son como misterios primigenios que se desvelan cuando él quiere descubrir las cortinas, entonces y solo entonces las piezas encajan y los gestos de asentimiento se apoderan de las cabezas de sus discípulos moviéndose de arriba a abajo una y otra vez:

– Sí, sí, claro.

Luego, da un giro a las ecuaciones y les propone un nuevo reto, quizá solo era el anterior cambiando el punto de vista, sometiéndolo a otros parámetros que hacen que la cuestión parezca otra muy distinta. Un nuevo problema que los tendrá ocupados la siguiente semana. Entonces es cuando me mira sonriendo y me lanza el desafío:

– ¿Dónde me vas a llevar a comer hoy, Ana?

– Cogeremos el coche y saldremos por la autovía rumbo al norte.

– No sé hacer otra cosa, solo entre ecuaciones y funciones de onda estoy cómodo – me dice a menudo.

Buscamos cada vez un pueblo más lejano, un restaurante más pequeño, para que esos instantes sean cada vez

más nuestros. Huyendo de nosotros mismos, de nuestras vidas. En invierno habla a menudo de Suiza, de aquellas montañas blancas, parecidas a las que nos acogen y de aquellos años en los que empezaba su carrera y la física era su vida. Me contaba que solía pasear por un bosque cercano, envuelto en la niebla, siempre sin gorro:

– Para que las ideas me llegasen frescas – bromeaba.

Conoció a su mujer en unas vacaciones en Madrid. El noviazgo y después la boda, su pasión seguían siendo sus experimentos, pero su vida fue por otro lado. Ella quería volver a España, él cedió. Quería tener hijos y aceptó un puesto de profesor en Madrid. Pero no era igual, al principio creyó que sí, pero se equivocó.

Antes que yo ha habido otras, lo sé. Una universidad es como un pueblo pequeño, pero no me importa, aunque tengo la certeza de que tarde o temprano encontrará el modo de que el puzle que yo soy para él encaje. Entonces, imperceptiblemente, su atención se irá centrandose en otro reto, en otro problema por resolver y poco a poco lo iré perdiendo como entre la niebla hasta dejar de verlo. Hasta que él me archive como uno más de sus problemas resueltos.

XVI

7:30. Un hombre sobre la tierra mira al Sol. Amanece. Parpadea miles de veces antes de que aquella estrella se oculte y vuelva a salir.

7:30. veinticuatro horas después continúa inmóvil, inconsciente de que varios órdenes de magnitud por debajo de su escala hay otro hombre sentado viendo pasar los días sentenciados por el giro inasible de otro astro.

Sus manos atolondradas hacían equilibrios con los vasos, tazas y platos para evitar que se estrellasen contra el suelo. Recorría la cafetería de la facultad cantando, tarareando una melodía de sus Andes natales. Cuando avanzaba de mesa en mesa siempre iba haciendo algún desaguisado que otro, un golpe en la rodilla al colocar una silla, un resto de café vertido sobre la chaqueta blanquísima del cliente más pulcro.

Todos la conocíamos y ninguno queríamos que fuese ella la que nos atendiese. Cuando llegábamos a la barra, poco a poco, imperceptiblemente, nos escorábamos hacia el lado en el que ella no atendía, si la fatalidad quería que aún así su sonrisa eterna recogiese nuestra petición podías esperar que ocurriese cualquier cosa, un plato combinado equivocado, una hamburguesa con queso cuando se le había pedido sin él, un café con leche con el noventa por ciento de café, o de leche, cualquier cosa, ya digo.

Lo que no sabíamos era por qué ella se sentía feliz, radiante, nada podría hacerle caer en algo que no fuese el más radiante optimismo. Su hijo tenía la visa y pronto, muy pronto, cruzaría el océano y vendría con ella a esta Europa opulenta a la que llegó un día en el que el cielo azul de Madrid le recordó la atmósfera limpia de las

montañas de las que por primera vez había bajado para coger ese avión. Aquel bebé que dejó tan lejos y que ahora, tres años después, vendría a reunirse con ella.

Habían sido tres años de trabajo, tres años de aprender a vivir de una manera tan distinta a lo que ella conocía, tres años en los que se había sentido en otro planeta. Recordaba cómo salió del aeropuerto, cómo la prima de su vecina de aquel remoto pueblo andino había ido a recogerla a la terminal de vuelos transoceánicos de Barajas, cómo no había dejado de hablarle y de preguntarle por todo y por todos los que se habían quedado al otro lado del mar. Mientras, ella miraba por la ventanilla del coche viendo una ciudad grande, muy grande, con enormes carreteras repletas de automóviles como si fuesen cañerías que no pudiesen acoger todo aquel flujo de tráfico. Miraba los coches vecinos del atasco y le sorprendió ver que estaban casi todos ocupados por una sola persona, hombres y mujeres solitarios, sentados en el trono de su micro-reino, dignos, mirando hacia adelante con las ventanillas cerradas a modo de fronteras, con el ambiente climatizado y la radio creando una burbuja sonora alrededor de ellos. Los hombres, muchos con corbata y las mujeres, le llamó la atención que hubiese tantas mujeres, quizá ella en algún tiempo podría estar igual, conduciendo un utilitario modesto de camino o de vuelta de un trabajo que le permitiese abrirse camino en aquel nuevo mundo.

Llegaron a su destino, una ciudad periférica del sur de Madrid, puso el pie en el suelo y sintió el calor seco

y rotundo del mes de julio. El barrio era una sucesión de bloques de pisos rojizos, con terrazas y tendederos salientes de donde colgaban ropas formando un mosaico multicolor en el que se podía averiguar quiénes eran los inquilinos, sus trabajos e incluso su edad. Colgaban monos azules, ropas con tiras fluorescentes, camisetas de grupos musicales, ropitas de bebé, que le hicieron tener aún más presente a su niño. El barrio le gustó porque parecía que la vida estaba dentro de los pequeños pisos pero también continuaba y se extendía a la calle. Nunca había visto tanta gente diferente, magrebíes, africanos subsaharianos, chinos y aquellos españoles que compartían el mismo barrio no eran como ella los esperaba.

Después del verano volvimos a verla, el brillo de sus ojos se había apagado, ya no vertía irremediamente todo, sus cafés eran los mejores del bar, incluso iba entre las mesas con montones de platos y tazas haciendo equilibrios propios de un artista de circo y no vertía ni una gota. Recogía todo con primor y pericia, pero su mirada estaba perdida, colgada.

Sus ojos miraban sin ver hacia sus Andes queridos, en ellos se podía vislumbrar su salida de Quito. Aquel día llovía, nunca había estado tan cerca de un avión y cuando llegó al borde de la escalerilla le pareció como un animal panzudo y con dos bocas que poco a poco iba engullendo personas por un agujero y maletas por otro.

Nunca supimos con certeza lo que ocurrió, fue en el mismo cuatrimestre cuando me dejó “el profesor” como

lo llamábamos. Se dice que le contó a alguien que su hijo cruzó el océano, que su alegría era inmensa y que le iba a dar todo lo que no había podido durante aquellos años de ausencia. Se oía decir que aquel día hizo calor, mucho calor, que en la piscina el aire quemaba, que primero el socorrista y luego el médico de la ambulancia no pudieron hacer nada. Se dice que hubo que quitárselo de los brazos mientras el agua chorreaba del cuerpecito del niño y que ella horrorizada no dejaba de mirarse las manos, rojas de la sangre derramada.

XVII

¿Por qué encerramos a los muertos en cajas? ¿Por qué los tenemos allí? Estáticos en unas coordenadas sabidas e inmutables por la legislación vigente.

Así sabemos dónde ir a llorar. Si los lanzásemos al viento lloraríamos cada vez que la brisa nos tocara la cara.

El sargento de coraceros Benoît Lerroux se levantó sobre los estribos para tener una mejor vista de la llanura. Hacia el oeste se divisaba un cerro pequeño, amarillo y seco, como toda aquella región abrasada por el sol de España en julio. Al este, unas casas blancas, arremolinadas en torno a un campanario, parecía que a pesar del calor se amontonaban como si tuviesen frío o para conjurar algún miedo atávico y tan antiguo como la tierra.

Detrás de él, su escuadra, una veintena de muchachos de todos los rincones de Francia, alsacianos, normandos, marseleses... alistados al calor de la república algunos y los más bajo el influjo imparable de "El Corso". Realmente, Benoît pensaba que todos ellos habían escapado de vidas esforzadas y miserables en las granjas paternas, lo que no esperaban es que la vida en el ejército francés lo era aún más, con el añadido de poder acabar despatarrado en cualquier campo de Europa siguiendo al Emperador.

Los observaba por las noches cuando acampaban, muchos de ellos aún tenían un rastro de horror en los ojos después de lo que habían visto y hecho en Madrid. Dios, había sido difícil hasta para él que llevaba gastando botas desde que se alistó como tambor para la expedi-

ción de Egipto. Cuando volvió, ingresó en los coraceros, si iba a recorrer medio mundo, por lo menos que fuese a caballo.

Madrid, aquellas calles estrechas por las que tenían que ir en formación de a dos, aquella turba enfurecida que les lanzaba de todo desde las ventanas. Eso cuando no salía alguna mujer enloquecida que tijeras en mano acuchillaba caballo, bota, pierna y lo que encontrase hasta que inevitablemente caía con el cráneo partido de un sablazo que el propio soldado se espantaba de haber lanzado contra una modistilla o una lavandera, quizá igual de dulce que la que lo esperaba en Dijon.

Pero aquello no fue algo momentáneo o aislado. Fue una batalla que duró todo el día y cuyo acto principal tuvo lugar contra aquellos soldados que habían sacado los cañones a la calle, disparados primero por profesionales, después por hombres, mujeres, curas, adolescentes iracundos contra los que Benoît y su escuadra cargó con el pesado sable en alto y que uno a uno fueron matando, porque solo los muertos cesaban en su empeño. Aquella noche ya lo vio en los ojos de sus hombres y supo que aquello les había cambiado a todos.

Ahora frente a aquel pueblo, la cosa parecía distinta. Iban en descubierta, tenían que confirmar los rumores que habían llegado a los generales de que el ejercito español preparaba un último esfuerzo y que junto con tropas irregulares podían estar cerca de una población llamada Bailén, a unos veinte kilómetros de donde se encontra-

ban. Aquello que tenían frente a ellos no era Bailén, era mucho más pequeño, pero aquellos jinetes formados apuntando con sus lanzas hacia ellos, aquellos, sí eran un obstáculo. Allí habría treinta o cuarenta, los suficientes como para que Benoît supiese que debía volver grupas y alejarse. Indicó a sus soldados que volviesen al campamento, que él iría después cuando hubiese observado mejor a los lanceros. Benoît vio alejarse a unos y a otros, se bajó del caballo y poco a poco se fue despojando de todo aquello que lo pudiese vincular con el ejército francés. Después volvió a montar a caballo, al sur estaba el ejército español, al norte el francés, era por la tarde, así que le pareció de buen augurio seguir la marcha del sol, comenzó a cabalgar hacia el oeste pensando qué se encontraría, pensó en Portugal y el gran océano y más allá América. Puede ser, se dijo mientras veía como se ocultaba el sol que ahora marcaba su camino.

XVIII

Dos millones trescientas cuarenta y cinco mil 444
gotas después,
se levantó sacudiéndose el agua de la cara.

Miró el reloj
y comprobó
que su vida había pasado
sin ser ni la mitad de interesante de lo que había
imaginado.

BEST SELLER

El hombre que quería escribir historias de soldados pensó que tomar la decisión no había sido tan difícil. Una tarde después del trabajo entró en la tienda de informática por la que pasaba todos los días cuando iba a la oficina y cuando volvía con aquella sensación de tiempo perdido. Por fin se decidió y compró un ordenador de sobremesa.

Los portátiles se venden mucho ahora. Le propuso aquel chico con aire de suficiencia informática. ¿Para qué quería un portátil?, su casa no era grande y tampoco tenía ningún sitio al que ir. No necesitaba un ordenador portátil porque simplemente no había ningún sitio a donde “portarlo”.

Junto con el ordenador, un modelo medio, nada del otro mundo, compró una impresora, láser, en blanco y negro, no quería color, no lo necesitaba, solo que imprimiese las hojas que pensaba escribir. Cuando lo tuvo en casa, colocó todo en la habitación que tenía vacía, enchufó los cables y pulsó el botón, en la tienda le habían asegurado que solo tenía que conectarlo, cada cosa en su sitio, no había posibilidad de equivocarse. Esperó con impaciencia a que se cargase el sistema operativo, cuando estuvo arrancado buscó el procesador de textos y lo

abrió. La pantalla apareció ante él como un océano, blanco, liso y por surcar.

Había decidido lanzarse sobre el teclado y no dejar de teclear hasta que tuviese un best seller, un auténtico pelletazo que lo sacase de aquella vida anodina que lo aplastaba y que todos los días desde que se levantaba de la cama lo perseguía como un perro lazarillo. A menudo cuando leía el superventas de turno sentía una mezcla de emociones que se le antojaban encontradas y un tanto pueriles. Aquellos rostros en la contraportada, por lo general sonrientes y casi siempre satisfechos, le despertaban una envidia que si alguna podía ser sana, desde luego la suya no lo era. Después venía aquella sensación mientras leía, el convencimiento de que con un poco de esto y otro poco de aquello él sería capaz de construir una novela. Sí, construir, como quien monta un reloj de pared o ensambla todas las piezas de un ordenador, solo harían falta buenas piezas para que el conjunto funcionase. La historia de un soldado de Napoleón en España, sus aventuras, sus amores, sus epopeyas.

Lo peor llegó después, cuando por más que miraba aquellas teclas no era capaz de hilar ni una frase. QWERT, ASDFG, el orden aparentemente caprichoso de las teclas, revueltas en una disposición vendida a la eficacia y la velocidad, le provocaba un efecto de mareo y desconcierto como el que experimentaba cada lunes a las siete de la mañana cuando sonaba el despertador y después de remolonear en la cama durante cinco, diez,

incluso quince minutos, volvía sobresaltado del sueño robado pensando que ya llegaba tarde al trabajo: *mierda, odio empezar el día corriendo.*

Empezó a creer que si las letras en el ordenador estuviesen en el orden alfabético que todos aprendimos en la escuela, las palabras surgirían de sus dedos como disparos de un rifle que impactarían en la pantalla hasta conformar un texto legible y aún más, un texto que provocase que la gente lo leyese con ansia. Se lo llevarían de las librerías y de los estantes de los grandes almacenes con verdadera necesidad vital, como si fuese lo último que hicieran en su vida. Se lo llevarían junto con la leche, el pan y el resto de la compra, iría en la silla destinada a los niños, a salvo de los empujones que tienen que sufrir el resto de artículos, nada de llevar encima una bolsa de patatas que lo llenase de tierra y mucho menos sufrir la pestilencia de un queso curado que impregnase las hojas hasta quedar en ellas como parte de su esencia. Su libro sería algo especial que se vendería como no había ocurrido hasta entonces.

Quería escribir, deseaba hacerlo, quería contar historias, pero lo que más deseaba era procurarse una alternativa. No, solo eso no, su vida debería cambiar totalmente, volverse interesante, él mismo sería otra persona, ya no sería aquel hombre que ocupaba su asiento en el metro atestado de gente: solos, con sus mochilas y sus bolsos a cuestas, con sus paquetes y sus extravagancias, había visto de todo, hasta una mujer con un cartón piedra de metro

setenta y cinco con la figura de una cantante. Sumisos, en silencio. Estaba cansado de no protestar y ocupar el espacio que el mundo le permitía y en el que siempre parecía estar estrecho como con un traje una talla menor.

Sin embargo, no creía en la suerte, al menos en la suya, rara vez se pasaba por la administración de lotería. Ni entendía, ni le interesaba el fútbol, por lo que la quiniela era para él como si estuviese escrita en checo. La primitiva le agobiaba, cuarenta y nueve números esperando ser elegidos. Parecía que le miraban desde el impreso y le imploraban que los marcase para salir del anonimato al que les condenaba el formar parte de una masa, de una correlación en la que cada uno tenía su puesto. Algunos números tenían alma propia, pensaba, los había de primera y otros menos agraciados. A él le gustaban los parias y por eso mismo creía que cualquier combinación que marcase nunca resultaría ganadora. El primero que elegiría sería el 13, un número que le caía simpático, él era así, había nacido un día 13. Después seguro que cogía el 49, era el último y era de justicia darle el protagonismo que el orden aritmético le había hurtado. Así hasta conformar los 6 de la combinación. ¡Ah! y el complementario, pobre, estaba condenado a ser una especie de reserva, un segundón después de los titulares.

A menudo la gente elegía los números por razones diversas; el cumpleaños de su mujer, de sus hijos, incluso de su perro. Él carecía de todo eso, ni mujer, ni hijos, ni mascotas, ni padres, algún familiar al que hacía años que

no veía, en resumen, nadie. Los números de su vida eran ciertamente tristes. El 1, de hijo único, nació un 13, no era supersticioso pero... El 50 de los años que tenía ya no le servía para ninguna combinación. El 25, que eran los años que llevaba en la empresa, pero dudaba que este dato trajese aparejado ningún tipo de suerte, ni mala, ni mucho menos buena. Había pensado a veces que debería hacer combinaciones del tipo de: número de coches rojos que se cruzaría en la siguiente hora, o número de mujeres rubias que pudiese contar desde su asiento del metro a la vuelta del trabajo. Las rubias siempre habían sido su debilidad, no las rubias cañón al uso, esas lo asustaban un poco y además a él le gustaban más dulces. Desde que vio en Casablanca a Ingrid Bergman abrazada a Humphrey Bogart con aquella angelical cara, desde aquel día decidió que una expresión como aquella solo era capaz de tenerla una mujer rubia; bueno en el fondo también debía reconocer que las rubias le recordaban a su madre, que no lo era natural, pero todos los recuerdos que conservaba de ella eran con el pelo liso teñido de un rubio suave y con aquella expresión de ojos llorosos mirando al infinito con, a su vez, infinita melancolía. Cuando vio Casablanca, no pudo menos que asociar aquella imagen a la de su madre. En la película, la protagonista se veía entre dos amores muy distintos e incompatibles, uno el deber y otro la pasión. Su madre le hablaba poco de su padre, pero le hablaba menos aún del que fue su marido. Solo sabía que su padre murió antes de que naciera y que

su madre se casó con aquel señor al que por mucho que lo intentó no pudo nunca llamar padre. Murió también cuando apenas tenía doce años.

Su existencia, entonces, debía cambiar a través de aquellas páginas, pero cuando se dio cuenta de que era incapaz de que el teclado sonase bajo el ritmo trepidante de sus dedos, que de su mente saliese una trama cautivadora y adictiva, empezó a escribir dejando que sus manos fuesen una continuación de sus pensamientos. A veces ni siquiera eran palabras pertenecientes a ningún idioma conocido, escribía cosas como: *alcuércano*, *palidifuso* o *veranosear*. Eran palabras que le venían a la mente cuando recordaba ciertos episodios de su vida, nunca supo por qué pero para él tenían un significado concreto y nítido, incluso más que el que tenían muchas palabras que tenían un significado definido. Simplemente le habían acompañado durante toda su vida, definiendo ciertas circunstancias, pero había conseguido mantenerlas a raya, dentro de su mente, por vergüenza quizá por timidez, porque la gente no pensase que estaba loco. Pero ahora, en la intimidad de su cuarto y delante de la computadora, decidió dejarlas salir, aunque en realidad más que un acto voluntario era como si las palabras represaliadas y escondidas como monstruos, hubiesen tomado conciencia de sí mismas y saliesen al mundo exterior sin pedir permiso a su dueño y reivindicando su existencia. Las frases no tenían una estructura lógica y formal: sujeto, verbo, predicado; las palabras podían fluctuar buscando su sitio, no el que

la sintaxis les tenía reservado, buscaban otro lugar en el que se sintiesen más cómodas, de manera que lo escrito, al ser leído, adquiriese una sonoridad especial y única.

Eran destellos de lo que pensaba en ese momento, especialmente le gustó una que escribió varios días después de haber empezado aquel juego. Se le ocurrió tras su té vespertino, el tacto de la taza le recordó el calor asfixiante de los veranos en el pueblo de los abuelos, era un pueblo donde nadie se atrevía a salir entre las 12 de la mañana y la puesta de sol a menos que hubiese una razón de verdadera importancia para hacerlo. Aquel pueblo de la familia de su madre que siempre le había parecido un tanto extraña, con historias de algún primo segundo que hablaba con las cabras o aquel otro pariente al que le crecía un huerto en las axilas. Durante aquellos días de calor la palabra *veranosear* acudía constantemente a su cabeza, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no soltar a cada momento el dichoso verbo, en infinitivo o en cualquiera de sus conjugaciones según requiriese la ocasión. Así que aquel día al calor de la infusión escribió: *alegrando tanto vacaciones que nunca ya, no hubiese un verano soportado más veranoseando*. La escribió y se sintió feliz como no se había sentido hacía mucho tiempo.

Todas aquellas ideas convertidas en Times New Roman de tamaño 12, empezaron a hacerle compañía. Día tras día se sentaba delante del ordenador y vaciaba su mente de pensamientos en el procesador de textos. Llegaba del trabajo y algunos días, sin quitarse siquiera la

chaqueta, se sentaba al teclado a escribir lo que se le había ocurrido durante el día, aquella luz de recién amanecido, el viento en el pelo largo y, cómo no, rubio de una mujer, todo lo que le había sucedido y todo lo que le sugería el mundo que le rodeaba y el que inventaba.

Cada vez que se sentaba deseaba que fuese la última, aquello no le serviría para que su vida fuese distinta, por lo tanto lo consideraba inútil e incluso un poco vergonzante. Lo que hacía no era literatura, o eso pensaba, pero sí estaba seguro que era mucho más barato que un psiquiatra y poco a poco aprendió a hablar con aquel rostro que se reflejaba en la pantalla del ordenador y por el que acabó sintiendo cierta simpatía, sobre todo cuando hizo que su soldado protagonista no lo fuera de un novelón al uso sino de un cuentito modesto que en vez de grandes batallas contaba el hartazgo del sargento y como desertaba justo antes de la batalla de Bailén buscando como él otra vida lejos de lo que le había ocupado hasta entonces.

XIX

Estas palabras son vestigios,
estratos arqueológicos
para que mañana
quien los lea, sepa
o, tan solo atisbe,
que un día llamé a alguien
padre y madre.
Pero la arqueología es una ciencia
difícil y esquivada
que interpreta
por todos los medios materiales
e informáticos de los eruditos,
aquello que en el fondo
no es más que olvido.